

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — Tomo XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, pasage Saunier, número 4, en Paris.

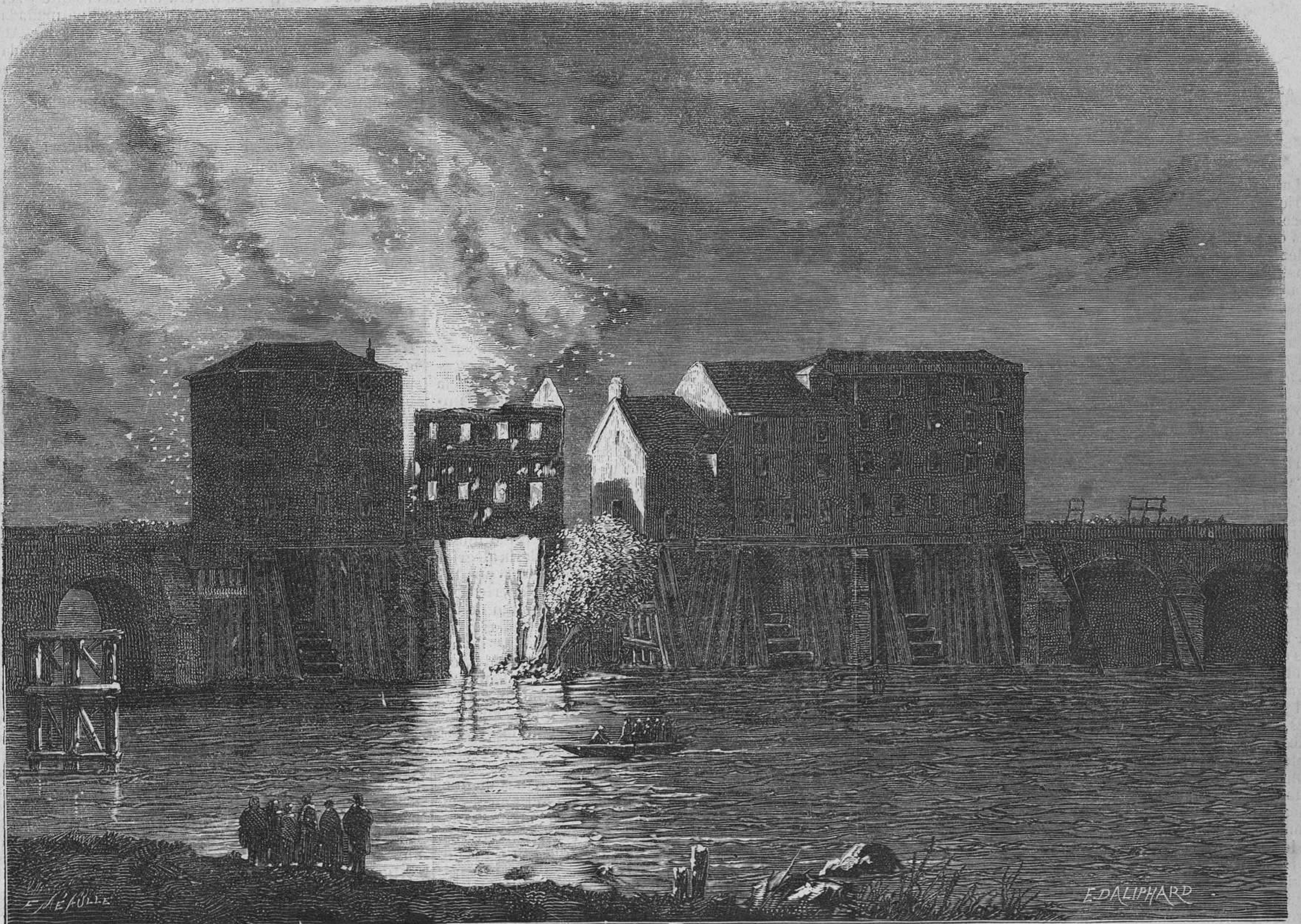
AÑO 28. — N° 881.

SUMARIO.

Incendio del puente de Poissy en la noche del 2 de noviembre; grabado. — Costumbres - Tradiciones: Antigüedad del carnaval, ó saturnales antiguas ó modernas. — Sucesos

de Dalmacia; grabado. — Viaje á Oriente de S. M. la Emperatriz; grabado. — Revista de Paris. — Poesías. — El istmo de Suez; grabados. — Los dos millonarios, por Zschokke, traducido del alemán. — El nuevo teatro de la Opera de Paris;

grabados. — El baron de Werther; grabado. — Actualidades, caricaturas por Bertall; grabados. — La mujer de los siete maridos, novela original por Julio Nombela. — La Francia pintoresca: Las Landas; grabados.



CERCANIAS DE PARIS.

Incendio del puente de Poissy en la noche del 2 de noviembre.

Incendio del puente de Poissy.

Todos los paseantes por las inmediaciones de Paris, conocen el antiguo puente de Poissy, con sus veinte y cuatro arcos irregulares sobre el rio y las praderas contiguas. Es uno de los últimos puentes del Sena, si no el último, que ha conservado su corona de molinos. Los excursionistas, los pescadores y los arqueólogos tenían grande afición á este puente, que daba satisfacción á todos.

Cuando la reina Blanca habitaba en Poissy, la incomodaba á veces en su sueño el ruido de un molino inmediato al palacio, molino situado en la esquina de la calle actual de la Tannería y de la plaza de la Iglesia. Llamó pues al molinero, y le propuso, si quería alejarse, un hermoso molino nuevo movido por el agua viva en uno de los arcos del puente, y libre de todo tributo. El molinero aceptó muy gustoso, y de aquí la leyenda del *Petit moulin de la reine Blanche*.

La noche del 2 de noviembre último ha sido fatal al puente de Poissy, que acaba de perder uno de los florones de su corona de molinos.

A las dos menos cuarto, se oyeron por las desiertas calles los gritos pidiendo socorro: el tercer molino, ocupado por M. Picard, estaba ardiendo. Todo el mundo salió de su casa, los oficiales corrieron al cuartel, y resonaron el tambor y las campanas.

Media hora después, mas de seiscientas personas se hallaban reunidas para prestar socorro, número que se aumentó muy pronto con la llegada de los bomberos de Carrieres y de Acheres. Sin embargo, se tardó tiempo en organizar los auxilios, porque era preciso ir á sacar el agua por los extremos del puente.

A las cinco y cuarto tenía lugar el acto último de este lúgubre y conmovedor espectáculo: se hundió la pared delantera del Sur, y los molinos inmediatos quedaron libres de la quema. Los cuatro pares de ruedas, que pesaban 10,000 kilogramos, habían desaparecido en el rio, en el momento en que se hundieron los suelos.

Tres horas y media de un incendio terrible habían bastado para acabar con un establecimiento floreciente, cuya pérdida se calcula en unos 12,000 pesos.

E. D.

Costumbres-Tradiciones.

ANTIGÜEDAD DEL CARNAVAL, Ó SATURNALES ANTIGUAS

Y MODERNAS.

Las fiestas de máscaras representan una de las mas curiosas fases de los usos é historia de los pueblos; la necesidad de los disfraces, el genio de las transformaciones de traje, rostro y maneras, es inherente á la naturaleza humana, y se confunde con sus inclinaciones mas fuertes y sus primeros instintos. Observamos que esta propension se muestra ya en los niños desde sus mas tiernos años; ya entonces los vemos esforzarse en remedar y parodiar muchas veces, aun antes de que sepan hablar, los gestos y ademanes de las personas encargadas de vigilarlos. La sociedad antigua y moderna en esta parte han permanecido fieles á los gustos é inclinaciones de la infancia; las naciones, tanto en su prosperidad, como en su decadencia, lo mismo en la aurora que en el ocaso de las civilizaciones, han practicado siempre el culto de la locura, han celebrado ciertos aniversarios en los cuales la humanidad se separa de las leyes ordinarias de la vida para convertir por espacio de algunos dias este grave y positivo planeta en un pais encantado donde se permiten toda suerte de extravagancias. Grandes y pequeños, nobles y plebeyos, pobres y ricos, todas las gerarquías de la sociedad toman parte en las diversiones del carnaval. En vano dos poderes muy temidos, los reyes y la Iglesia, se han declarado contra estos pasatiempos; en vano han intentado prohibir á los fieles el uso de la máscara y la tradicion del disfraz; el carnaval ha resistido á las mas enérgicas predicaciones, y continuado agitando sus antorchas, á pesar del *veto* de los monarcas. Hoy dia, bien así como todos los grandes principios del mundo, la Iglesia, el trono, el púlpito ó el ejército tienen sus fases, revoluciones y hechos consumados.

Los primeros monumentos de arquitectura, pintura, estatuaría y elíptica atestiguan la antigüedad de estos regocijos. La mayor parte de los vasos egipcios representan escenas y bacanales, cuyos lazos de parentesco y genealogía con las máscaras de nuestros dios parecen incontestables. Huet hace subir el origen de estas diversiones al *Jubileo* de los hebreos; mas parece fuera de toda duda, segun la autoridad de Macrobio, que la Grecia fué la verdadera cuna de esta institucion. La invencion de la máscara, exclusivamente atribuida á las representaciones teatrales y que se confunde con su origen, no puede, por lo demás, considerarse como un hecho directamente aplicable á la historia del carnaval; porque es sabido que la palabra *máscara*, que se ha

perpetuado en la lengua italiana para designar ciertos dramas fantásticos, entre otros los de Gozzi, ha conservado siempre una significacion especial enteramente contraria á la que le da el uso general.

El carnaval no se encontró verdaderamente establecido en su esfera particular y dominante hasta la época en que comenzaron á celebrarse las fiestas romanas, conocidas bajo el nombre de *Saturnales*. Estas fiestas, por su desenfadado libertinaje y cínicos arrebatos, han perpetuado en el carácter é inclinaciones de los pueblos esa pasion inveterada, esa necesidad, digámoslo así, orgánica de los desórdenes anuales á que ciertas solemnidades parecen incitar con un modo imperioso.

Las fiestas en honor de Saturno, se celebraban hácia fines de diciembre, y fueron instituidas antes de la fundacion de Roma, en memoria de la dicha y la libertad que reinaban entre los hombres en aquella época primitiva, que los poetas han celebrado con el nombre de *edad de oro*. La opinion mas generalmente recibida es que tuvieron lugar por primera vez cuando la victoria alcanzada sobre los Latinos por el dictador Postumio. Al principio, solo duraban un dia, Augusto las prorogó hasta tres, Caligula les añadió despues otro dia que llamó *Juvenalis*, y finalmente duraron una semana.

Con el tiempo las saturnales fueron confundiendo con las sigilares, que en nada cedían á aquellas en cuanto á desórdenes y liviandades. Mientras duraban estas fiestas, reinaba la mas completa libertad.

Suetonio nos ha dejado una copia exacta del cuadro curioso y animado que presentaban las calles de Roma durante las saturnales; ancianos, mujeres, niños, hombres libres, libertos, esclavos, la ciudad entera estaba en movimiento; delante de todas las casas se veían mesas cubiertas de toda suerte de manjares, á las cuales todos tenían la libertad de sentarse; los sacerdotes sacrificaban á Saturno con la cabeza descubierta, contra lo que acostumbraban en las demás ceremonias.

En todas las calles, plazas, jardines y casas no se oían mas que cánticos de alegría y gritos de regocijo; abandonábanse todos los negocios, se cerraban los tribunales, las escuelas quedaban desiertas; y casi no habia ciudadano que no hubiese procurado poner á un lado una parte de sus ganancias para gastarlas con motivo de estas fiestas. Los esclavos tenían la facultad de hacerse servir por sus amos, de decirles algunas verdades, de burlarse de ellos, de ridiculizarlos, de hacer todas las extravagancias que les venían á las mientes. Se sentaban á la mesa con ellos, se ponían sus vestidos, y se apoderaban de toda la direccion de la casa. Séneca cuenta que algunas veces los esclavos llevaban sus chanzas hasta el punto de arrojar á su amo en el pilón de una fuente, sin que por esto tuviese derecho para enfadarse. A usos tan extraños deben añadirse los bailes extravagantes, las canciones jocosas, y finalmente todo lo que es capaz de cambiar el continente grave y severo de la humanidad y convertir por algun tiempo á un pueblo razonable y sensato en una casa de orates ó en una legion de demonios.

Tales eran las saturnales de Roma, unas solemnidades alegres y estrepitosas que obligaban á Horacio á abandonar la ciudad por algun tiempo. Hanse conservado como una tradicion y como un hecho histórico y pintan una parte del carácter de un pueblo, mejor tal vez que todos los documentos y relaciones contenidas en sus anales. Uno de los rasgos mas notables de la institucion de las fiestas del carnaval es seguramente su perpétuo enlace con los ritos y ceremonias de todas las religiones, su tendencia á trovar los santos dogmas, á confundir sus oropeles con las insignias sagradas, y finalmente á convertir el santuario en teatro de escenas burlescas y de escandalosas parodias. Esta mezcla singular de lo profano y grotesco, de libertinaje é impiedad que observamos en las fiestas y diversiones del paganismo, se reproducía igualmente en los usos y prácticas de la Iglesia cristiana.

Las fiestas del asno, de los locos ó de los subdiáconos, tan célebres en la edad media, aventajan, si no en licencia, á lo menos en extravagancia y ridiculez, á las saturnales de Roma, las cuales han conservado siempre, como su mismo origen lo manifiesta, un sentido filosófico y profundo, oculto bajo los arrebatos de la alegría. Aquellas fiestas, toleradas y casi promovidas por un clero ignorante y supersticioso, que de esta suerte procuraba granjearse el favor de un pueblo amigo de espectáculos, presentan todas un sello de tosquedad y de insensatez que no se echa de ver en las fiestas de los antiguos. Oscuras, y con frecuencia ininteligibles en sus ejercicios, las fiestas de la edad media deben mirarse como el verdadero origen del carnaval moderno, que en sus prácticas ha conservado siempre algo de cínicismo é impuro que manifiesta descender de las toscas costumbres y de la franca alegría de nuestros antepasados.

La fiesta del asno, tan curiosa y grotesca, mas de una vez ha ocupado la pluma del anticuario, el pincel del romancero y el buril del grabador; en algunas de nuestras estampas antiguas se hallan representados sus trajes y otros de sus pormenores; porque es un hecho fuera de toda duda que nuestros mayores se entregaron á esas irreligiosas locuras con mas violencia é impetuosidad que nosotros.

Para aquella extraña ceremonia escogían un asno de los mas dóciles y mejor enseñados, y lo rebujaban con los ornamentos pontificales con toda la seriedad posible. Llevábanle al coro de la iglesia, y allí celebraban el

oficio divino en su presencia, cantaban un himno en tono falso y discordante, derramaban algunos cántaros de agua fria sobre la cabeza de los presentes, á cada versículo del himno obligaban al borrico á comer y beber, y todas las estancias concluían este estribillo: «¡Hola! señor asno, ¡hola!» A veces los oficiantes ponían cuero quemado en el incensario y corrían por la iglesia dando gritos, saltando y brincando; otras bebían y jugaban á los dados sobre el altar, y generalmente celebraba el oficio divino un niño que llevaba puesta una mitra de obispo.

Los que celebraban aquel extraño oficio tomaban el dictado de *locos*, y tenían el derecho de andar por la noche recorriendo las calles armados de teas y cubiertos de pieles de animales. Algunas veces era peligroso su encuentro, porque la mayor parte se hallaban en un estado de completa embriaguez. De entre ellos escogían uno para ser afeitado en medio de una plaza, el cual, mientras estaba en manos del barbero, tenía obligación de divertir á la muchedumbre refiriendo algunas historias extravagantes.

Para que nuestros lectores puedan formar mas cabal concepto de aquella grotesca ceremonia, nos ha parecido conveniente transcribir la carta que un discípulo de Casendi escribía desde Aix á su maestro en 1645.

«Acabo de presenciar en un monasterio la celebracion de una fiesta que los paganos en sus mas desenfadados regocijos difícilmente hubieran igualado. Parece que el clero se ha propuesto en este dia ridiculizarse á si mismo. Todas las dignidades eclesiásticas se hallan trastocadas y desconocidas: la comunidad entera queda abandonada á los vagabundos, cocineros y músicos; los últimos criados ocupan en la iglesia el lugar de los diáconos, del vicario y prelado, celebran el oficio divino, cantan el Evangelio y suben al púlpito. Se ponen todos los ornamentos sacerdotales, los hacen trizas, si les parece, ó los dejan enteros para mas profanarlos. Viéraislos traer unos enormes anteojos, en los cuales, en lugar de vidrios, han colocado cortezas de naranja, lo que les desfigura hasta tal punto, que mas que por cristianos, los tomariais por unos locos ó por habitantes del otro mundo. Para tener una idea de sus extravagancias y de sus extrañas contorsiones, es preciso verlos, sobre todo cuando manejan el incensario, lo agitan y le dan vueltas por el aire, de modo que unos á otros se echan las cenizas en la cara. Pónense los vestidos mas grotescos, se pintan el rostro de diferentes colores, se ennegrecen brazos y manos, y ataviados de esta suerte, entonan, no himnos ni salmos, sino una especie de canturia ininteligible, que cantan ora apretando la nariz, ora apoyando las manos en la boca para alterar los sonidos de la voz. Este canto era tan discordante y selvático, que mas que otra cosa parecían una manada de lechones que llevan al mercado para venderlos. Algunas de las frases que pronuncian tienen la medida de los versos latinos, pero carecen absolutamente de sentido. He retenido en la memoria estos dos versos que se repiten en sus cantos en forma de retornelo:

Hæc est clara dies, clararum clara dierum:

Hæc est festa dies, festarum festa dierum.

Solo el que haya visto en algunos pequeños teatros de Italia las representaciones de ciertas pantomimas burlescas, puede formar concepto de lo que hacen esos hombres; exceden á los mas extravagantes bufones. Su lenguaje es una confusa jerigonza, compuesta de voces de todos los idiomas, que solo ellos son capaces de entender. Su traje es un desordenado conjunto de telas y retazos de todos colores que está en perfecta armonía con sus cantos y palabras. Es ciertamente asombroso que unos hombres que han recibido del cielo el don de pensar y discurrir puedan entregarse á tales excesos y locuras; y lo que es mas incomprensible aun, es que semejantes escenas se representen en una iglesia y en presencia de las imágenes de la Virgen y de los santos, y que los objetos ordinarios del culto divino sirvan para la ejecucion de las comedias mas extravagantes é impías.

M. Turner, en sus eruditas y juiciosas observaciones, se ha propuesto justificar al culto cristiano de haber asociado á la celebracion de sus ritos aquellas ridiculas escenas de saltimbanquis, y dice que para destruir en el ánimo del pueblo hasta el último gérmen del paganismo, era necesario contemporizar hasta cierto punto con sus gustos é inclinaciones. Las fiestas de la edad media, en cuanto á su espíritu, no son pues mas que una imitacion de las saturnales romanas, imitacion modificada sin duda, pero directamente útil á los intereses de la religion. Es un hecho constante que en las aplicaciones de la fe cristiana, las prácticas han marchado siempre delante del dogma, que á las convicciones íntimas han precedido siempre las ilusiones exteriores. El mismo autor observa muy acertadamente que en la mayor parte de las fiestas de la edad media, el sentido filosófico de las solemnidades antiguas se halla sustituido por otro sentido puramente irónico. Las iglesias han sido convertidas en teatros, los prelados y demás dignidades en personajes burlescos, y de ahí ha resultado el carácter distinto y marcado de esas costumbres populares, que en el origen mismo de la sociedad han hecho de sus convenciones un objeto de mofa y han ridiculizado todas las leyes de la decencia.

Si continuamos nuestro exámen de las solemnidades antiguas, cuya sucesion cronológica debe llevarnos hasta la institucion del carnaval moderno, en aquella

misma época hallaremos uno de los mas curiosos personajes de las fiestas cristianas, el *Niño Obispo*, descendiente legítimo y por línea recta de la locura.

Celebrábase esta fiesta el día de San Nicolás, patrono de los niños. Escogían al intento un niño de seis ó siete años, de semblante alegre y apicarado, y dándole el nombre de *Niño Obispo*, le iban acomodando la mitra (*mitra parva*), el cayado y todas las demás insignias episcopales. Su clero se componía de todos los otros niños de su escuela, á los cuales vestían de diáconos, curas y canónigos. No es difícil figurarse el singular efecto que debía producir aquella procesion infantil, aquellas rubias y rizadas cabelleras cayendo sobre las graves sotanas, aquellas caras frescas y redondas formando contraste con la severidad de los cuellos y solideos. A esta fiesta atribuye Warton la costumbre que se observa en algunos colegios de ir *ad montem*.

Esta mascarada de niños produce una dulce y agradable impresion en medio de las antiguas fiestas, impías y toscas en su mayor parte: aquí las tradiciones cónicas empiezan á perder algo de sus repugnantes extravagancias; al través de aquel desarreglo moral vislumbra ya un principio de civilización en los gustos y pasatiempos. Por lo demás, es preciso advertir que estas comedias y farsas que por mucho tiempo han sido inseparables de las ceremonias religiosas, pertenecen exclusivamente al culto católico. Los protestantes han procurado desterrar de sus iglesias estas ceremonias profanas: no obstaute, no debemos inferir de ahí que sea entre ellos menos vehemente que entre nosotros la pasión por las máscaras; esta circunstancia ha influido tal vez para que en aquellas naciones se entreguen con mas moderacion y prudencia á los desahogos del carnaval.

Esta es la razon porque cuando el pueblo, señaladamente en Inglaterra, ha tenido el derecho de ridiculizar á los grandes, príncipes, y hasta al mismo soberano, ha usado de este derecho con suma circunspeccion. Examinense sus antiguas costumbres relativas á las diversiones de máscaras, y nada ó casi nada se encontrará que ataque las buenas costumbres ni pase de los límites de una inocente sátira. El privilegio de la chanza jamás ha degenerado en licencia, y el buen humor se ha contentado con meras alusiones, sin descender nunca al resbaladizo terreno de las personalidades.

Lo que llevamos dicho de las máscaras y demás costumbres puede aplicarse igualmente á otras ceremonias antiguas. Media una distancia inmensa entre las sigilares y saturnales de Roma y las antiguas diversiones de *Navidad*; y sin embargo échanse de ver en estas algunos de los usos y fiestas consagradas al culto de Saturno. No cabe la menor duda de que en semejante ocasion los amos tenían que servir á sus criados y de que estos gozaban de una parte de los privilegios de los esclavos romanos. En aquella sazón fué cuando se instituyó el título burlesco de *rey de los locos*, dinastía poderosa que ha desaparecido como tantas otras, y cuyos títulos solo pueden buscarse en las relaciones de los mas antiguos cronistas.

En ninguno de todos los regocijos antiguos reinaba mayor libertad, mas buen humor, y una alegría mas franca y sincera que en *las fiestas de Navidad*. Los banquetes y suntuosas comidas que se verificaban á causa de esta solemnidad, dieron origen al antiguo proverbio italiano: « *Ha piu di fare che i fornì di Natale.* » Para esta fiesta, así como para todas las demás, se nombraba un jefe ó rey, al cual llamaban *príncipe de Navidad*, y que estaba encargado de la direccion general de todas las diversiones que se celebraban con motivo de aquella festividad.

Si hemos de dar crédito á un autor antiguo, el título de *príncipe de Navidad* imponía al que lo llevaba la obligacion de divertir á los espectadores con sus gestos y contorsiones. Las familias mas distinguidas tenían que ceder sus casas durante estas fiestas al príncipe de Navidad, en caso que las escogiese para centro ó teatro de alguna de sus bufonadas. Su poder era ilimitado, cobraba impuestos, fijaba derechos, y nombraba sus ministros y subalternos; pero al cabo de ocho dias concluía su reinado y todos eran libres para hacer valer sus títulos y pretensiones, y sucedía con frecuencia que personas revestidas de funciones muy graves se presentaban á aspirar á aquella singular dignidad.

El italiano Polidoro Virgilio, que vivía en la época en que estaban en uso estas solemnidades, recogió sobre ellas y el curioso jefe que las dirigía, algunas noticias interesantes. Considera al príncipe de Navidad como un personaje aislado que nada tiene de comun con los bufones de los siglos posteriores, y atribuye exclusivamente á aquellos tiempos su invencion. Sin que creamos ciertas nuestras conjeturas sobre su genealogía, no vacilaremos en mirarle como íntimamente unido con aquella familia de *locos* cristianos, de la cual hemos diseñado los principales personajes, galería de curiosas mascaradas que ha precedido y tal vez dado origen á la comedia de todos los pueblos.

Sea cual fuere el origen del *príncipe de los locos*, el influjo que ejerció sobre las antiguas fiestas es incontestable y se apoya en la deposicion de festigos muy graves, los cuales ni aun podía esperarse que estuviesen conformes en un asunto como este. El inglés Stables, uno de los mas severos puritanos del reinado de Isabel, da al príncipe de Navidad el gracioso apodo de *gran capitán del infortunio*, y nos ha conservado una exacta y minuciosa relacion de sus calaveradas, aventuras y hazañas.

A menos de extender indefinidamente esta noticia

sobre las fiestas del carnaval antiguo y moderno, nos fuera imposible ir siguiendo en todas sus fases las diferentes transformaciones que han sufrido aquellas alegres solemnidades. La Italia sola nos suministraría sobre este punto materia para muchos volúmenes, supuesto que el carnaval ha obedecido constantemente las modificaciones introducidas en las costumbres de sus diversos Estados. El carnaval de Venecia en nada se parece al de Nápoles, y el de Roma ha conservado siempre su antigua nombradía por la brillantez de sus balgatas y por el buen humor de las máscaras que, abundantemente provistas de *confetti*, pueblan aquellos días la calle del *Corso*. En Alemania, Rusia y Francia principalmente, ha hecho el carnaval en todos tiempos un papel muy importante, y se le halla mezclado en todas las intrigas de corte y en los negocios de mas peso, agitando su bandera sobre todos los campos y sobre todos los partidos. Difícil nos fuera demostrar de un modo mas evidente la dominacion del carnaval en nuestros días, que recordando que el Alejandro de nuestro siglo, Napoleón, no se desdenó de disfrazarse mas de una vez, manifestando además una particular predileccion, nunca desmentida, por las diversiones del carnaval y por las singulares sorpresas á que dan lugar las máscaras.

Pero debemos limitarnos á bosquejar la historia del carnaval de nuestro país, el cual, es preciso confesarlo, ha tenido que sufrir repetidos y violentos ataques. Así que ha pasado sobre nosotros alguna grande calamidad, cuando nos han afligido con sus estragos el hambre, la guerra ó la peste, nuestros predicadores han tomado motivo de estos desastres para declamar con energía contra las diversiones del carnaval, y en mas de una ocasion han usado de su poder contra él nuestros legisladores, castigando el uso de la máscara con extraordinaria severidad.

No obstante, es preciso reconocer que hasta en nuestras máscaras habíamos conservado siempre aquella sensatez y gravedad que distingue nuestro carácter é inclinaciones.

Presentáronse el año pasado en Barcelona, en la temporada del carnaval, comparsas de mucho gusto y que prueban el estado de cultura á que ha llegado esta ciudad.

En algunas naciones se conservan aun en todo su vigor los usos y tradiciones del antiguo carnaval; pero en cambio se observa en ellas un fenómeno moral muy digno de llamar la atencion, y que no podemos menos de dejar consignado en este lugar. Si en aquellos países continúa disfrazándose el pueblo, compra muy caro este derecho, pues se ha observado, segun las estadísticas, que el número de suicidios aumenta considerablemente en las primeras semanas que siguen al carnaval, que nunca se exponen tantos niños, se venden tantos vestidos, ni reciben tantas alhajas en prenda los que prestan dinero, como en aquellos días de ayuno y penitencia. Estos hechos tristes y característicos con que concluye la historia de las *Saturnales*, dan márgen al hombre pensador y filósofo para serias meditaciones. Estos hechos inducen á los hombres indiferentes y escépticos de la sociedad moderna á creer que solo en las clases necesitadas se halla la verdadera felicidad. Solo allí el deseo de gozar se sobrepone al cálculo, el privilegio de la indolencia al temor de la necesidad, ventajas únicas de la libertad, que fuera imposible apreciar en su justo valor. Ahora bien, moralistas ó publicistas, esfuerzos en presentar á los ojos del pueblo el cuadro de todas las desdichas que trae en pos de sí el carnaval que le arruina, lo diezma y le ocasiona los insuperables obstáculos del déficit y de los atrasos; y el pueblo os contestará sin duda con lo que Horacio Walpole decía á su médico, que pretendía curarle la jaqueca con la dieta y frecuentes sangrias: « Curarme á esa costa sería ponerme enfermo de la curacion. »

M. DE F.

Sucesos de Dalmacia.

Hablando de la insurreccion dalmata, se ha dicho que las provincias Ilirias se iban á separar del Austria, y que los esclavos cristianos de las provincias turcas de Bosnia y de Herzegovina se ponían ya en movimiento para arrojar al mar á los austriacos, ó cuando menos, para rechazarlos á sus plazas fuertes. Cada cual exagera segun sus opiniones. Los políticos mas atentos no pueden prever aun lo que prepara el porvenir á las poblaciones eslavas de la Europa oriental; pero es fácil darse cuenta de la extension geográfica del movimiento dalmata, y por lo tanto podemos precisar los hechos y el terreno que tienen por teatro.

De Cattaro á Ragusa, que parece ser el punto de partida de las excitaciones sediciosas, no hay mas de diez miriámetros. Los despachos recibidos hablan de lo difícil que es para el príncipe del Montenegro el impedir que varios de sus súbditos se junten con los insurrectos. Desea no enemistarse sin motivos serios con el Austria; pero le es imposible oponerse á que los montenegrinos corran al olor de la pólvora. Sin embargo, hasta ahora todo se limita á algunos distritos de las cercanías de Ragusa y de Cattaro.

La frontera turca y el Montenegro no dejan á los austriacos mas que un escaso territorio que en ciertos si-

tios no pasa de algunos kilómetros. La Turquía no entra en el mar sino por dos puntos: el puentecillo de Kleck y una lengua de tierra estéril que va á perderse en el golfo de Cattaro, bajo el cañon de los fuertes austriacos. Un puñado de hombres ágiles y determinados, como son esos montañeses, basta para detener á compactos batallones, que es lo que ha sucedido en las cercanías del fuerte de Orugali. Este fuerte es una especie de blokaus, en medio de un llano rodeado de montes, á cuyo amparo los austriacos, con víveres y municiones, pueden desafiar sin temor á los insurrectos.

Estos insurrectos vagan por las montañas divididos en pequeños grupos de unos treinta á cuarenta hombres. Su jefe se llama Broncie, rico labrador de Zappa, y hombre de elevada estatura, quien dirige la insurreccion con el auxilio de unos doce vecinos de Cattaro, personas de inteligencia y de conocimientos. Solo han tomado parte hasta ahora en el alzamiento 1,800 jóvenes, los cuales se hallan perfectamente adiestrados en el manejo de las armas. Cada uno de ellos, además del fusil, lleva consigo tres ó cuatro pistolas, de los mas recientes sistemas uno y otras, y afilados puñales. Todos visten un pintoresco traje oriental bordado de plata. No les faltan víveres. Han enviado á sus familias, así como sus ganados, á Grahovo, situado en territorio turco.

Esas partidas se comunican, por medio de disparos de fusil ó de mensajeros, las disposiciones adoptadas por sus jefes. Cuando un vapor de la Compañía del Lloyd atraviesa el canal de Cattaro, se dispara un tiro desde cada altura á fin de avisarlo, pero no se molesta á los pasajeros ni á la tripulacion.

Dos tiros de fusil son la señal de la llegada de un buque de guerra que conduce tropas. Todos los caminos, y hasta los mas estrechos senderos, se hallan obstruidos con grandes rocas. Las posiciones fortificadas de los insurgentes se hallan circuidas de fosos profundos que hacen muy difícil á las tropas imperiales acometer á los rebeldes.

En nuestro próximo número daremos nuevos detalles, con dibujos que nuestros corresponsales nos dirigen del teatro mismo de los sucesos.

P. P.

Viaje á Oriente de S. M. la emperatriz.

Consagramos en este número un postrer recuerdo á la estancia de la emperatriz en Constantinopla. Las recepciones en el palacio de Beylerbey, se hicieron con una pompa imponente. El cuerpo diplomático y la colonia francesa tuvieron la honra de presentar sus homenajes á la soberana, y uno de nuestros dibujos representa la primera de estas recepciones.

Pasemos á Egipto.

Sabido es que en Egipto abundan los recuerdos de la antigüedad; pero los monumentos que atestiguan los grandes sucesos de la historia, fuera de las obras colosales del arte egipcio, son hoy bastante raros, y por este motivo llamamos la atencion de nuestros lectores acerca de la columna de Pompeyo, que los convidados del khedive han podido admirar en las cercanías de Alejandria.

La columna de Pompeyo, ó columna Diocleciana, situada á un cuarto de legua de la puerta meridional de la ciudad árabe, se encontró comprendida en otro tiempo en el recinto de Alejandria. Dominando los minaretes, los obeliscos y el palacio del Faro, hoy no sirve mas que de guia á las naves que llegan de alta mar y á las caravanas que desembocan del desierto.

Es una columna de ochenta y ocho piés y medio de altura, de un solo trozo de granito rosa, cuya ejecucion es admirable. Su diámetro es de 9 piés, y una masa cuadrada de 60 piés de circunferencia la sirve de base, sostenida en piedras ligadas con plomo. Esta solidez no la ha resguardado de la codicia de los árabes buscadores de tesoros que, empleando la pólvora han hecho saltar varios fragmentos, y han estropeado el pedestal. Asusta pensar que esa columna, de un peso tan enorme, descansa solo en un trozo de almendrilla silicosa de cuatro ó cinco piés de diámetro, lo que corresponde al tercio de la anchura del pedestal. Así se nota que se ha desviado un poco de la línea vertical. Su parte alta es de un trabajo griego, en tanto que la base, el pedestal y el capitel, de un granito gris, acusan por su estilo pesado y poco correcto, el cuarto siglo de nuestra era. Antiguamente debió coronar una estatua este monumento.

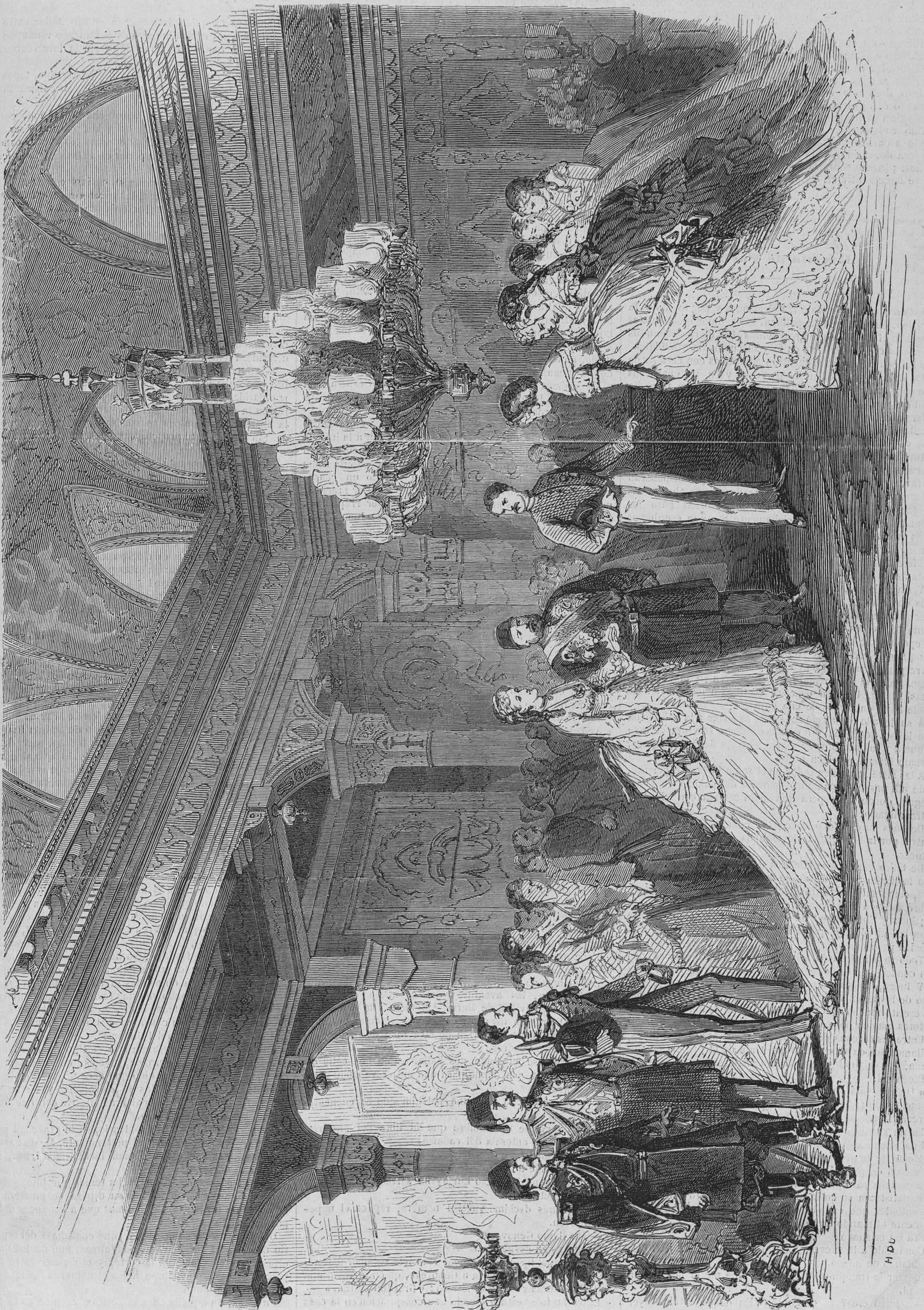
Su origen y destino han dado márgen á muchas conjeturas. La inscripcion griega grabada en su base, nos dice que la columna fué erigida en honor del emperador Diocleciano por un gobernador de Egipto llamado Pompeyo. El nombre del gobernador explica la tradicion errónea, en cuya virtud se atribuye el monumento á Pompeyo.

Ahora pasaremos al palacio que S. M. la emperatriz ocupa en el Cairo.

Es este el palacio Ghezireh, á la orilla del Nilo, que mandó construir Said-bajá, y cuyo arquitecto fué Franzbey. Domina en él el gusto morisco. Las habitaciones que habita la emperatriz han sido amuebladas al intento. El dormitorio, sumamente espacioso, y de 8 metros de altura, está colgado de seda azul. En el techo hay pinturas alegóricas.



Sucesos de Dalmacia. — Destacamento austriaco saliendo de Cattaro en persecucion de los insurrectos.



Viaje de S. M. la emperatriz. — Constantinopla. — La emperatriz Eugenia recibiendo al cuerpo diplomático en el salon del palacio de Beylerbey.

H DU

El mueble es de palo de rosa incrustado de medallones de Sèvres y realizado con ornatos de bronce dorado. Encima de la mesa se ven jarrones y estatuillas de bronce, con un reloj transparente. El virey ha mandado poner en este cuarto un busto del emperador y una estatua de plata que representa al príncipe imperial.

El tocador es azul como el dormitorio. La mesa es de oro, las vasijas de porcelana de Sèvres; del coronamiento dorado al estilo Luis XIV, cae un lambrequin formado con guirnalda de rosas artificiales.

El salón es inmenso: techo pintado, con asunto alegórico rodeado de arabescos; colgaduras de damasco fondo amarillo y arabescos multicolores; asientos de madera dorada Luis XIV; mueble de apoyo de todos los estilos. ¡Digamos ahora que la influencia de Occidente no se hace sentir en Egipto!

P. P.

Revista de Paris.

Estamos en vísperas de las elecciones y por lo tanto la cuestión dominante es la política. Las reuniones electorales absorben el interés de los parisienses. Los diarios llenan sus columnas con profesiones de fe y discursos de candidatos. Las calles de Paris se encuentran adornadas con carteles de todos colores pegados en las paredes, y en los cuales los que solicitan los sufragios dan rienda suelta a su facundia política y prometen consagrarse en cuerpo y alma a la defensa de los intereses populares. Es indecible lo que se escribe y lo que se habla. Todo esto durará unos cuantos días y después los que salgan vencidos, que serán los más naturalmente, habiendo tantos aspirantes, se retirarán a descansar de sus fatigas hasta mejor ocasión, en tanto que los favorecidos con los votos de los parisienses, se dispondrán a entrar en campaña, pues a fines de mes se abrirán las sesiones del Cuerpo legislativo. ¡Qué ocasión para los cronistas políticos! Desgraciadamente los que escribimos otras crónicas perdemos en estos casos todo lo que ellos ganan. Paris, distraído, ocupado en la política, se hace el indiferente a todo lo demás; su atención no se aparta un instante de las alocuciones y los programas.

Y sin embargo, no podemos decir que no haya fiestas de esas que aprovecha la crónica y que excitan en circunstancias ordinarias el interés y la curiosidad de los parisienses. Como todos los años, en el palacio de Compiègne hay recepciones de convidados, en cuyo obsequio se disponen banquetes, cacerías y representaciones teatrales. Las correspondencias de Compiègne traen detalles muy minuciosos sobre el ceremonial que se observa en la corte en estas fiestas. Un tren especial conduce a los convidados desde Paris en menos de una hora.

A su llegada al palacio cada cual se dirige a la habitación que le está destinada, y donde las señoras se visten de toda etiqueta y los hombres se ponen el traje de rigor; casaca, corbata blanca y calzón corto.

A las siete se reúnen todos en el salón de las recepciones, y de allí pasan al magnífico comedor del palacio de Compiègne, donde les espera una mesa servida con un lujo extraordinario.

Después hay baile ó concierto, cuando no hay función teatral por la compañía de algunos de los teatros parisienses.

De todos modos los noticieros de la corte dicen que este año las fiestas se resentían de la ausencia de la emperatriz que, como saben nuestros lectores, se halla en Egipto y habrá asistido a la inauguración del istmo de Suez.

¡Suez y Compiègne! Hé ahí los dos puntos en que se fijan las miradas, y que alimentan con sus noticias a la crónica parisiense.

Todo lo oriental está a la moda. Constantinopla es casi tan conocida en la actualidad como Berlin y Londres.

Y luego, las relaciones se esmalan de curiosas anécdotas. Uno de los acompañantes de la emperatriz, M. Poujade que ha escrito mucho sobre el Oriente, es en el día uno de los autores más en boga.

Entre las escenas de costumbres que traza en sus libros, hallamos dos en el capítulo que trata de la justicia musulmana, tan originales como características.

Dicen así:

«Djezzar-Baja se hacia dar por sus espías un relato minucioso de todo lo que ocurría en la ciudad, y él mismo la recorría por la noche disfrazado y acompañado de uno ó dos de sus esbirros.

Una noche oyó una voz de mujer que cantaba en un aposento de un piso bajo. Como la puerta estaba entreabierta, se acercó de puntillas, y vió una mujer joven y hermosa que cantaba para hacer dormir a su hijo que mecía. Estaba sola. Satisfecha su curiosidad, Djezzar se retiró y mandó a sus satélites que examinasen la casa y le trajeran el día siguiente al marido de la hermosa cantora.

Era un cristiano.

Conducido a la presencia del baja, se arrojó a sus pies temblando de miedo.

Djezzar le tranquilizó y le mandó que no le ocultase la verdad.

— ¿Quién eres? le preguntó. ¿En dónde estabas ayer noche?

— En casa de un amigo.

— ¿Es decir que prefieres divertirte con tus amigos a pasar la noche con tu mujer? ¿Y la dejas en una habitación que da a la calle, sola y expuesta a recibir algún insulto? Si tal sucediera, no dejarías de decir que Djezzar no vela por la seguridad de los habitantes de su ciudad. Te prohibo salir de noche, y te mando que hagas compañía a tu mujer, ó de lo contrario te arrojaré al mar.

Un espía fué a decir a Djezzar que todos los días había disputas en una casa cristiana entre un padre y su hijo, con motivo de una nueva habitación que el padre había hecho construir en un piso alto, y que el hijo pretendía ocupar contra la voluntad paterna. Djezzar envió a llamar inmediatamente al hijo, el cual llegó a su presencia lleno de temor.

El baja le preguntó con un tono nada tranquilizador cuál era la religión que profesaba.

— Soy cristiano, contestó.

— Pues si eres cristiano, haz la señal de la cruz.

Cuando hubo obedecido, Djezzar le dijo:

— ¿En dónde has colocado el nombre del padre? En lo más alto, en la frente. ¿Y el del hijo? Mas abajo, en la boca. ¿Pues cómo te atreves, miserable, a sostener que tu padre viva en el aposento bajo de la casa y que te destine la habitación superior? Ve a cedérsela en el acto, y si te atreves a faltar a mi orden, te daré la muerte más cruel para castigarte y enseñar a los rebeldes como tú, que los hijos deben honrar y respetar a su padre y a su madre. »

Si siempre la justicia musulmana se ejerciera de este modo, no hay duda que sería digna de las alabanzas que hoy la niegan rotundamente sus muchos detractores.

Ya dijimos la semana última que Paris espera con impaciencia los debates de la causa de Troppmann, los cuales no tardarán mucho en abrirse.

Las revelaciones de que entonces hablamos no tenían al parecer más que un motivo, y era el de inducir a la justicia a tomar la providencia de enviar a Alsacia al acusado, en cuyo viaje, se proponía quizás probar otra escapatoria como la del Havre; si ha sido así, se ha llevado un chasco solemne, pues la justicia se ha limitado a mandar practicar nuevas excavaciones en el lugar designado por Troppmann y donde decía había enterrado el cadáver de Juan Kinck, sin resultado alguno.

Estos días se ha hablado mucho de los pasos que se atribuyen a ciertos abogados que se proponían como defensores. Se han citado diferentes nombres; pero al fin parece ser que el encargado de la defensa no será otro que el gran criminalista M. Lachaud.

La familia del procesado quería, no obstante, que el defensor fuese M. Gatineau, y para este fin le escribió una carta que le puso en contacto con Troppmann, quien accedió en el primer momento, y después se decidió por M. Lachaud.

Para que ningún interés falte a esta causa, tendremos pues, al célebre abogado M. Lachaud, cuyas defensas se consideran como obras maestras en el foro.

Los teatros reclaman nuestra atención esta semana. Las novedades se aglomeran unas sobre otras, como es costumbre a la entrada de invierno, y si la política deja lugar en Paris a conversaciones más amenas, la cuestión principal en el día es la de teatros.

Pero ¿qué decimos? hasta en los teatros se mezcla la política, y en ellos se quiere explotar la pasión que en la actualidad preocupa a todos.

No otra cosa ha podido proponerse el empresario de la Puerta de San Martín sacando a relucir un drama de Alejandro Dumas, mas que olvidado ya, y que se titula el *Chevalier de Maison Rouge*. Sin duda se recordaba que allá por el mes de agosto de 1847, esto es, en vísperas de la revolución de febrero, este drama del tiempo del terror, soliviantó las pasiones hasta un punto indecible; pero apresurémonos a decirlo, la empresa ha fracasado. La obra ha envejecido sobremanera, y la Gironda lo mismo que la Montaña, no han tenido fuerzas para arrancar un aplauso.

Nada más difícil de analizar que este inmenso argumento, tramado con episodios.

Los amores de Mauricio Linday y de la bella Geneveva de Montfleury, las aventuras del caballero de Maison Rouge, la cautividad de María Antonieta y la muerte de los Girondinos, son los cuatro episodios principales en cuyo derredor se agrupa la intriga de esta obra de Dumas, dividida en doce cuadros.

Al levantarse el telón nos hallamos en una calle oscura y solitaria, por donde pasa una mujer vagando entre las sombras.

— ¡A la cárcel! la dice una patrulla que se encuentra con ella.

Pero interviene un hombre que la libra del encierro, aquella terrible antesala del cadalso.

— Por piedad no me acompañeis, ne me sigais; de mi secreto depende la vida de tres personas.

El republicano Mauricio Linday ha salvado pues a una mujer sospechosa.

— Al menos decidme vuestro nombre, replica el impetuoso joven.

— Me llamo Geneveva.

Y esta es su despedida.

Desde aquel instante antepone Mauricio su amor a la república, su vida pertenece a Geneveva, quien le envía una sortija misteriosa con este letrero: «Gratitud eterna.»

Entre tanto se está urdiendo una conspiración en la casa de un cortidor de la calle Saint-Jacques, para arrancar a María Antonieta de su encierro.

El cortidor es Dixmer, su cómplice el caballero de Maison Rouge, y Mauricio se encuentra con Geneveva en casa de Dixmer.

Geneveva es quien introduce a su libertador entre los conjurados, los cuales habiéndole encontrado rondando por el jardín, le toman por un espía, y sin la intervención de la joven le habrían dado muerte.

Servicio por servicio: en este drama terrible, todos los personajes tienen siempre colgada sobre su cabeza la espada de Damocles.

Sea como quiera, Dixmer aprovecha la ocasión, porque comprende que la amistad de un municipal puede ser muy útil a sus proyectos; y de este modo los republicanos y los realistas salen juntos a poner en libertad a la infortunada reina.

El aspecto del Temple forma un curioso espectáculo. Los descamisados, los verdugos, las *tricoteuses*, nada falta allí; sí, falta una cosa, que es el interés dramático.

Dumas, entretenido en este panorama, se olvida de la acción, y lo único que sabemos al fin del cuadro, es que ha abortado el plan de los conspiradores.

La puerta estaba bien guardada.

Mauricio vuelve pues a sus amores, maldice las discordias civiles y se entrega por fin a las más dulces esperanzas.

Aquí interviene uno de los principales personajes, Lorin, su fiel amigo, un buen muchacho extraviado en el torrente revolucionario, con principios feroces y con gustos de una delicadeza femenina.

— Amigo mío, le dice a Mauricio con el tono de un hombre que sabe lo que vale su consejo, estás perdiendo tu popularidad, y si continuas así, pronto, muy pronto te verás en la precisión de tener que saludar a la estatua de la libertad, primero con tu sombrero y luego con tu cabeza. Sin embargo, te propongo un medio de salvarte.

— ¿Cuál es?

— Sabrás que se está organizando una persecución contra ese endiablado caballero de Maison Rouge; forma parte de ella.

— ¿Y qué más?

— Lo primero que haremos será registrar la casa Dixmer. Mauricio sin escuchar mas corre a casa de Geneveva, donde efectivamente encuentra al caballero, a quien toma por un rival, y a quien da después la mano de amigo, solo porque Geneveva, le dirige estas palabras:

— ¡Sálvame, y soy tuya!

Aquí se precipita el drama.

Mauricio y Geneveva continúan su diálogo amoroso, cuando aparece el marido.

— Merezo la muerte, le dice Geneveva, y la espero de tus manos.

— No, contesta Dixmer, tendrás una muerte más gloriosa, no morirás por tu amante, sino por tu reina.

Y Geneveva entrega a Mauricio, como un legado, un rizo de su cabello, y sin desplegar los labios sigue a Dixmer.

Se trata de otro proyecto de evasión de la reina que acaban de concebir Dixmer y el caballero de Maison Rouge, y el cual consiste en dar de puñaladas a los dos gendarmes que guardan a María Antonieta, en tanto que Geneveva, introducida en el encierro, cambiará de traje con la reina, y esta saldrá sana y salva mientras la primera se quedará en el encierro.

El plan se descubre: el caballero muere, y Dixmer es condenado a muerte. Sigue a esto el cuadro de los girondinos: la carreta fatal se lleva a Geneveva en compañía de Vergniaud y sus amigos; pero Lorin salva de la muerte a la esposa culpable que huye con Mauricio a la tierra extranjera.

El último cuadro es el adiós de los girondinos, que se abrazan cantando el himno célebre *Mourir pour la Patrie*.

¡Cómo cambian los tiempos! Este drama político y revolucionario que, según refieren las crónicas de 1847, hizo entonces tanto furor, se escucha en el día con indiferencia en un principio, con fastidio a su fin, y ni los esplendores de las decoraciones y los trajes logran disipar el aburrimiento.

Pasemos pronto a obras más literarias y modernas.

Ya hemos consignado en estas revistas el merecido triunfo que acaban de obtener los señores H. Meilhac y L. Halévy, con su pieza en cinco actos titulada *Froufrou*, y representada en el teatro del Gimnasio.

La señorita Gilberta Brigard es el tipo de la frivolidad femenina. Vivaracha, aturdida, graciosa en su hablar continuo, se asemeja a ese ruido que hace un vestido de seda rozándose entre las puertas de los salones, y de aquí ese sobrenombre de *Froufrou*, palabra imitativa con que los parisienses designan ese ruido.

Su hermana Luisa es lo contrario, es la gravedad personificada, y ¡cosa singular! el pretendiente, M. de Sartoris, no obstante sus ideas que debían inclinarle a Luisa, elige a Gilberta por esposa.

Pasan cuatro años, Gilberta ha tenido un hijo, y M. de Sartoris observa con pesar que su esposa se muestra más aficionada a los placeres mundanos que a los goces del hogar doméstico.

Gilberta ensaya comedias (y ¡qué comedias! del repertorio del Palacio Real) con M. de Valreas, uno de los que en otros tiempos la hicieron la corte, y el esposo se ve en la precisión de encomendar a Luisa el gobierno de la casa y el cuidado del niño.

En suma, en aquella casa la persona extraña es la esposa, y no tarda mucho en notarlo.

Gilberta se exaspera contra su hermana y su marido,

cambia de vida, se aparta de la sociedad; pero M. de Sartoris permanece insensible.

En presencia de esta impasibilidad que no pueden vencer ni los ruegos, ni las amenazas, Gilberta abandona el domicilio conyugal y se marcha á Venecia con M. de Valreas.

¡Triste cuadro! Gilberta es desgraciada. No ama á M. de Valreas, sino á su marido, y el peso de su falta la hace la vida insostenible.

El desafío aquí era de rigor: M. de Sartoris se bate con su rival y le da muerte.

Desde aquella hora empieza la agonía de Gilberta. Su esposo la permite que vuelva á su casa, á morir entre los suyos, y la pobre Froufrou espira recordando su triste destino.

Tal es el drama que hace derramar lágrimas, porque se comprende que bajo aquella capa de frivolidad, late un corazón lleno de buenos sentimientos; ¿por qué lo entiende así todo el mundo, excepto el marido? ¡Tan fácilmente habría podido evitar el desastre final! Cuando Gilberta, al ver á su hermana posesionada de su interior doméstico, vuelve en sí, y anuncia su firme resolución de dar un nuevo rumbo á su existencia, M. de Sartoris, al rechazarla, comete un crimen. Su escepticismo no tiene justificación ni excusa.

El efecto que produce toda esta obra, preciosa en sus detalles, es indescriptible. Y luego en su interpretación se ha revelado un talento, el gran talento de mademoiselle Desclée, que es la personificación viva de la protagonista. Con el hechizo de esta incomparable actriz, unido al mérito literario de la obra, no dudamos que *Froufrou* tendrá una larga vida.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

LA VUELTA.

¡ Ya estoy aquí, en la colina!
 ¡ Tierra de amor que amé tanto!
 ¡ Undivagos arroyuelos!
 ¡ Auras, fuentes y collados!
 ¡ Ya estoy aquí de regreso
 Despues de ausente diez años!
 ¡ Ya casi viejo!... ¡ qué historias
 Para deciros yo guardo!
 Pastores que vais alegres
 A la llanada bajando,
 ¿ Conoceis mis viejos padres,
 Y aquella zagala que amo?
 ¿ Mi hogar, las viejas majadas
 De pintorescos ganados,
 Y una capilla do se alza
 Un sencillo campanario?
 ¡ Dadme esas nuevas, pastores,
 Antes de bajar abajo,
 Que quiero en esta colina
 De placer verter mi llanto!
 « — ¿ Eres tú, le dijo al punto
 Un pobre pastor, acaso
 Aquel que se fué mancebo
 Y vuelve con rostro cano?
 ¿ Aquel labrador dichoso
 Que viviera en estos campos
 Con sus padres y su amada,
 Y con sus ricos ganados?
 ¿ Aquel que se fué á la guerra
 A combatir, voluntario,
 En busca de oro y de gloria,
 Sin oír ruegos ni llantos?
 ¡ Pues oye, si no lo sabes,
 Que todo está demudado...
 Tú, con tu ausencia acabaste
 Con los séres que te amaron!
 ¡ Donde fué tu choza un día
 Hoy se levanta un palacio,
 De tierras, bienes, cabañas
 Se apoderó un millonario!
 ¡ Tus padres, pobres murieron
 El pan doquier mendigando,
 Y tu amada ha mucho tiempo
 Unió su suerte á un extraño! »
 ¡ Y el triste huérfano oyendo
 Tan lastimoso relato,
 Lanzó dolorosos gritos
 Que en las montañas sonaron!
 ¡ Maldijo su negra suerte
 Y se reprochó de ingrato
 Con esas almas amantes

Que amó y que le idolatraron!
 ¿ Qué soy en el mundo ahora,
 Exclamó desesperado:
 Militar y solo rico
 De heridas y desengaños?
 ¡ Lo perdí todo en la vida,
 Pues quise ser voluntario,
 Y solo me resta ahora
 Sino morir de soldado!..

J. TEMÍSTOCLES TEJADA.

Á MI MADRE.

El árbol en mitad de la llanura
 Meciendo altivo su opulenta copa,
 Regala su belleza á los contornos
 Y al peregrino su apacible sombra.

Cubierto está con verde de esperanza
 Que forman frescas y lozanas hojas,
 Semeja ser brillante primavera,
 La juventud en sus fugaces horas.

Da el fruto y se despoja de sus galas,
 Ya no se ven sus ramas voluptuosas,
 Y su tronco al hundirse en el torrente
 Deja su germen que á la tierra abona.

¡ Oh! rara succion que al infinito
 El Ser Supremo muestra con sus obras,
 Lo mismo en la semilla de la grana
 Que en la palmera rica y orgullosa.

Del mismo modo, idolatrada madre,
 Brilló la luz de tu rosada aurora;
 ¡ Hermosos días que luego se trocaron
 En la vejez helada y tenebrosa.

Tu vida se agosta como el arroyo
 Que uniéndose á las aguas caudalosas,
 Va á terminar en el primer principio
 Donde tomó sus cristalinas ondas.

Ya solo el sacro, angelical recuerdo
 De tu virtud nuestro horizonte dora,
 Como deja el ambiente embalsamado
 La blanca flor que el huracan deshoja.

Una cruz y una huesa solitaria
 Al pié de estéril y apartada loma,
 Adonde el triste huérfano lloroso
 De vez en cuando se dirige á solas.

Allá las amantísimas caricias,
 Enviadas en guirnaldas olorosas,
 Empapadas del llanto en el rocío
 Te llevan mis plegarias en su aroma.

El dolor purifica al infelice,
 En sus antros el alma se acrisola,
 Es la oracion el vinculo bendito,
 Que une la Eternidad con el que llora.

Yo tambien como el árbol y la fuente,
 Como la flor que inclina su corola,
 Mi triste juventud hácia su ocaso
 Veré llegar sin ilusion ni gloria.

Tan frágil ¡ ay! como la parda nube
 Que se deshace al soplo que la toca,
 Tras la ruda borrasca de mi vida
 Iré á dormir bajo tu misma losa.

WALDINO DAVILA DE PONCE.

Colombia.

ROMANCE.

Érase un rojo clavel
 Y una azucena de nieve
 Los que en un jardín crecían
 Y se miraban alegres.

De la brisa perfumada
 Al movimiento mas leve
 Con un regalado beso
 Se acariciaban las sienes.

Dulces cosas se decían,
 Y los dos hablaban siempre
 En un lenguaje que solo
 Las florecillas comprenden.

De amor que se juzga eterno
 Y pronto se desvanece,
 Gozaron así un instante
 Los efimeros placeres.

Sucedió ligero el viento
 A lo que fué brisa ténue,
 Y chocaron sus corolas
 Al compás de sus vaivenes.

El clavel hácia una rosa
 Sus miradas tornó aleve,
 Y la cándida azucena
 Deshojóse lentamente.

¡ Si tienes sueños de amor,
 Niña, y si ser feliz quieres,
 En el jardín de la vida
 Guárdate de los claveles!

ORDULIO DE PEREA.

Á UNAS OLAS.

Olas azules, brillantes,
 Que morís contra la orilla
 De la mar con tristes quejas
 Cuando os empuja bravía;
 ¿ Por qué llorais? — ¿ Vuestra muerte
 Dolor amargo os inspira?
 ¿ No es verdad que en esos mares
 En el tormento viviais?
 ¡ Oh! ¡ si en la tumba fenecen
 Los pesares de la vida,
 Debemos bajar á ella
 Con sonrisas y alegría!..

Cádiz, 1869.

T. T.

El istmo de Suez.

(Continuacion. — Véase el N° 880.)

DJEBEL - MARIAM.

Vista del canal marítimo. — Lago Timsah vista del Djebel-Mariam. — Tussum. — Tumba del cheik Ennedek.

Al salir del lago Timsah para continuar el camino en dirección á Suez, se entra en el canal marítimo que pasa al pié del Djebel-Mariam, montaña de María. En esa montaña, dice la leyenda árabe, María la profetisa, hermana de Moisés y de Aarón, se quejaba á Dios y se elevaba contra su hermano, el elegido del Eterno, y Moisés castigó á su hermana con la lepra.

Sin embargo, María se curó de la lepra á consecuencia de la plegaria que Moisés dirigió al Eterno, y al cabo de una claustracion de siete días fuera del campamento de los hebreos, cuyas tiendas se hallaban en aquel instante en Hatseroth, no lejos del desierto de Paran.

Repetiremos que se trata aquí de una leyenda árabe; pero sea como quiera, lo cierto es que la montaña de arena á cuyo pié pasa el canal marítimo de Suez, lleva el nombre de Djebel-Mariam, ó sea montaña de María. Domina toda la famosa tierra de Gessen, aquel feraz valle en donde recibió José, primer ministro del Faraon, á sus hermanos y á los pueblos pastores de Israel que le habitaron 430 años.

Hoy el Djebel-Mariam, abierto en su flanco occidental por la azada de los trabajadores, presenta una pared de arena de 25 metros de altura.

Desde su cumbre, que forma una mesa inmensa, se disfruta de una vista magnífica. Dirigiéndose hacia el Sur, la mirada se pierde en un horizonte azul al que parecen comunicar su transparencia la limpidez del cielo y las aguas del lago Timsah.

Delante se ve Ismailia, y en el fondo un punto de tintas indecisas que es la casa del virey.

A la derecha y á la izquierda están las arenosas profundidades del desierto.

Yo estaba extasiado.

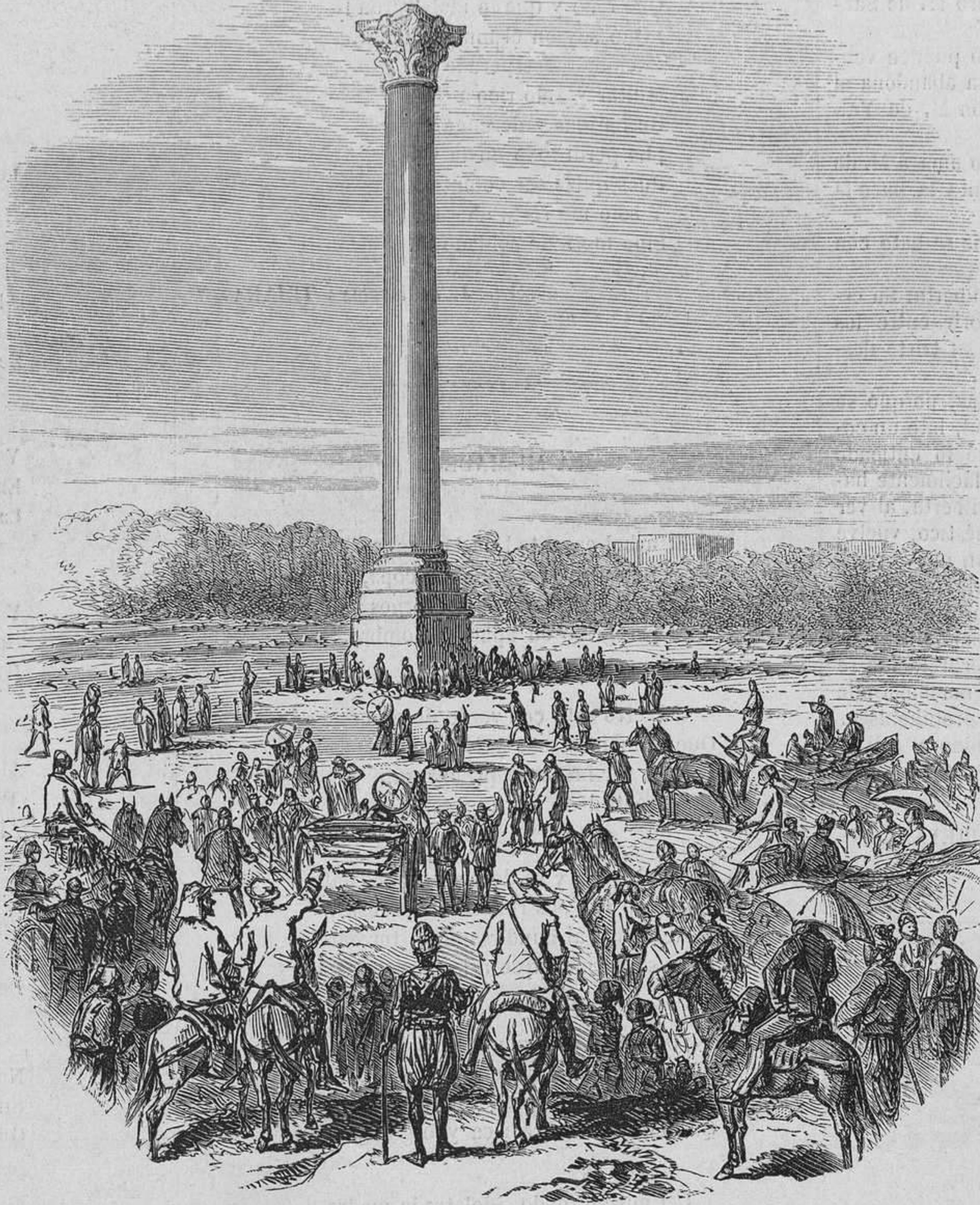
A la sombra de mi quitasol, y sentado en mi asiento portátil, trataba de fijar en el papel las maravillas del paisaje que tenía á la vista.

Pero hé aquí que en medio de mi trabajo sobreviene una ventolera, y mi quitasol y mis demás trastos vuelan como plumas; echo á correr en su seguimiento, y al cabo de diversas vicisitudes, voy á parar á unos gourbis de trabajadores árabes que se abrigan en una de las sinuosidades del Djebel-Mariam.

No todo ha de ser desgracia.

Sin aquella correría no habria visto semejante sitio, y habria sido lástima, pues por lo pintoresco merecía los honores del dibujo.

Aquellas chozas de cañas aquí y acullá, aquellos harapos orientales que colgaban por todas partes, aquellos perros que no cesaban de ladrar, aquellos fellahs yendo y viniendo, cargando y descargando sus dromedarios; aquellos camellos que rumiaban al sol, aquellas mujeres curiosas que creían adivinar en mi un ingenie-



Istmo de Suez. — Los convidados del virey visitando la columna de Pompeyo.

ro encargado de levantar planos, todo aquel espectáculo de la mísera vida del fellah egipcio, hacia de aquel campamento uno de los mas curiosos rincones de la civilización oriental.

Pero pasaba el tiempo, y me apresuré á volver hacia el canal, donde tomé mi bote para subir á Tussum.

Tussum, aldea compuesta de casas de madera y ladrillo, es el campamento mas antiguo que estableció la Compañía en el interior del desierto.

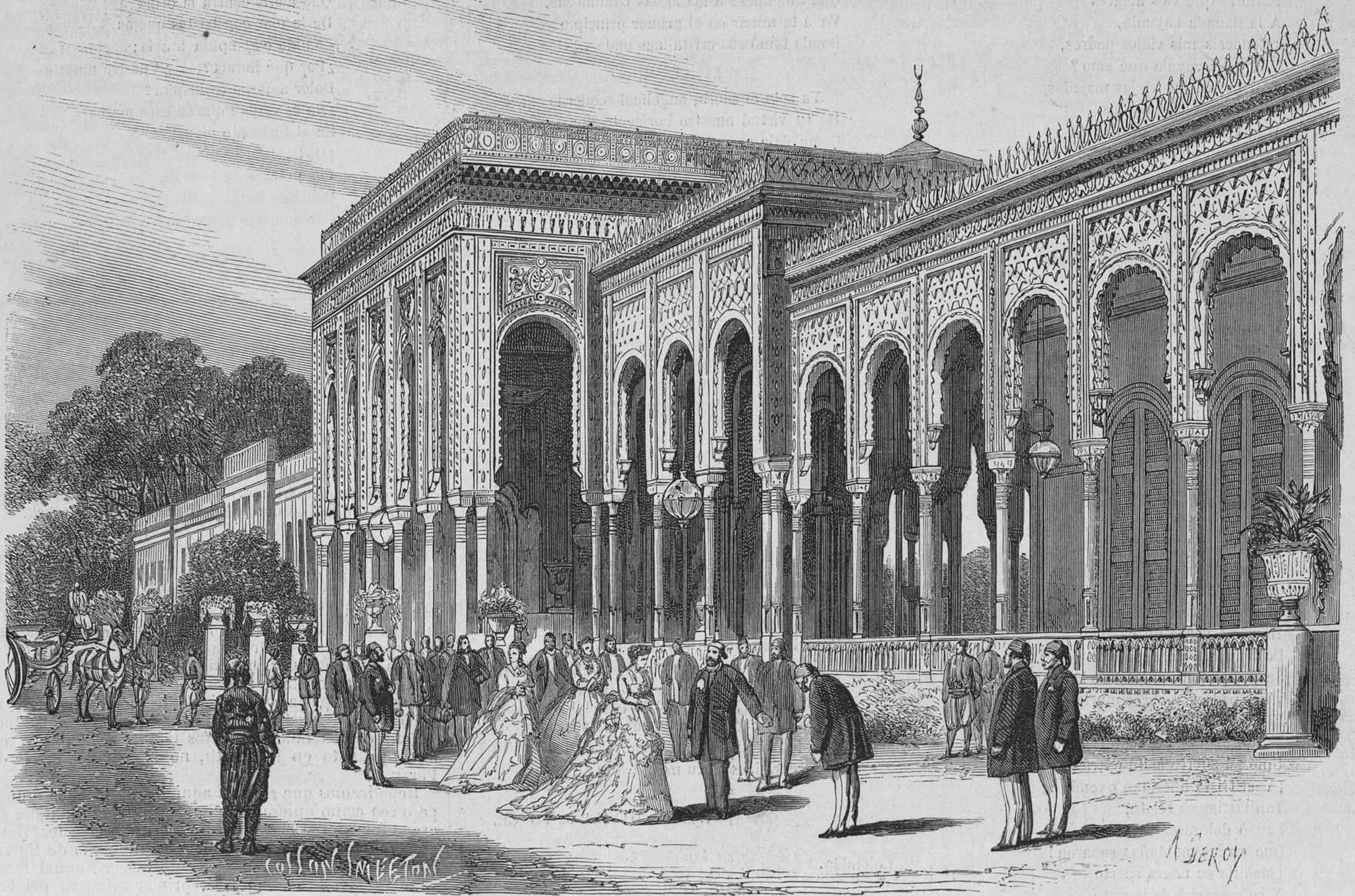
La población mas próxima distaba 40 kilómetros, y por consiguiente, aquella instalación, que era importante, tenía sus dificultades.

Sin embargo, todas ellas fueron vencidas por los trabajadores. Una parte del contingente egipcio que concedió la Compañía al virey, abre la zanja de Tussum, haciendo un conducto de 4 metros de profundidad. Posteriormente se llevaron tres dragas que se destinaron á los trabajos comprendidos entre el desagüe del canal en el lago Timsah, y el atajo de que luego hablaremos.

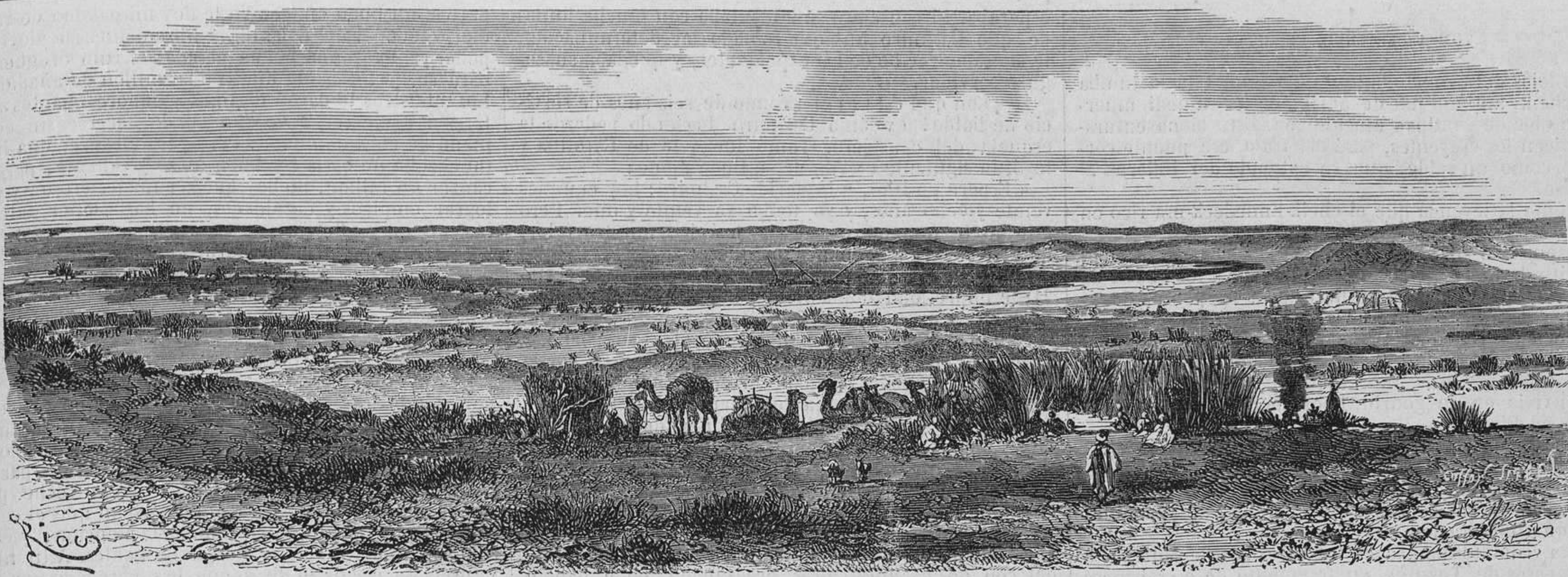
Los fellahs que encontré tan inopinadamente en mi excursión al través del istmo, hacían entonces el último trabajo. No eran mas de 300, y á esta hora deben ya haber concluido.

Ya entonces en la travesía de las lagunas que separan el lago de la zanja de Tussum, el canal tenía por todas partes su anchura definitiva de 100 metros.

Abriendo la honda zanja de Tussum, pusieron á descubierto troncos de madera fósil, de los cuales hay algunas muestras en el hotel que tiene en Paris la Compañía de Suez. Estos troncos de madera petrificada se encuentran por fragmentos aislados. Or-



Viaje de S. M. la emperatriz. — El palacio de Ghezireh, residencia de S. M. en el Cairo.

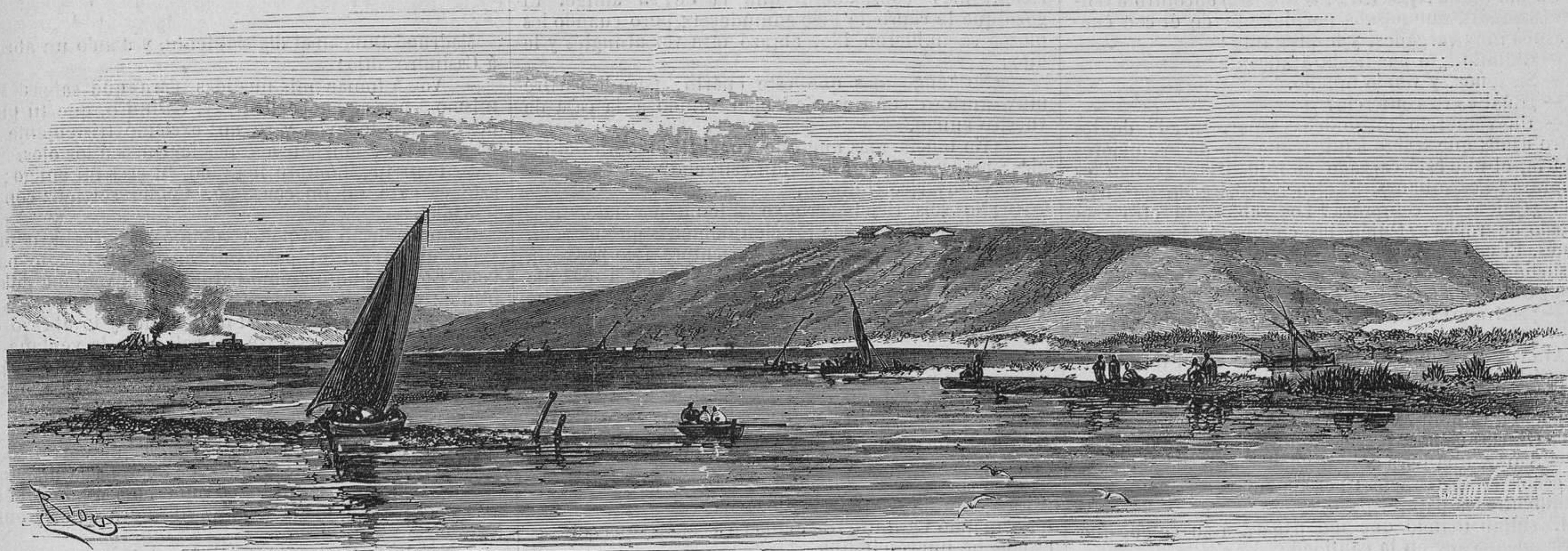


Istmo de Suez. — El lago Timsah, vista tomada del Gebel-Mariam.

dinariamente son negruzcos, y casi todos ellos de palmera. Los sabios dicen que difieren de las palmeras que se cultivan en el día.
También se han recogido en el mismo sitio huesos fósiles de grandes animales antediluvianos.

¿Pertencieron estos huesos á un *hipotherium*, el caballo de antes del diluvio?
¿O bien formaron parte de la poderosa osamenta de un *anaplotherium*, de un *mastodonte giganteus*, de un *mastodonte longirostris*?

Finalmente, ¿debemos pensar que los fragmentos osteológicos hallados en Tussum, fueron de un *dinotherium*, ó de un *anthracotherium*, el cerdo que se conocia mucho antes de Noe?
Mis estudios paleontológicos no me permiten pronun-

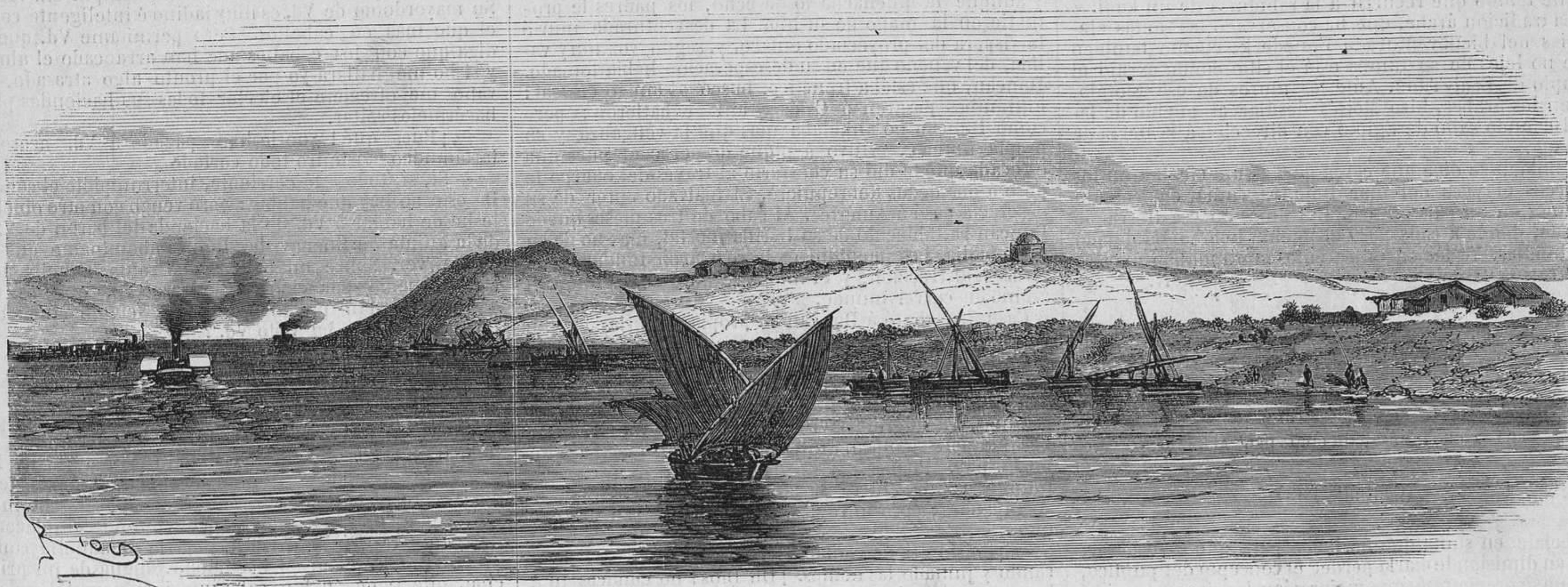


Istmo de Suez. — Gebel-Mariam, vista tomada del lago marítimo.

ciarme en la materia. Todo lo que puedo decir, es que en los huesos fósiles hallados en Tussum, se observa una mandíbula superior, en la que hay todavía un diente bien conservado, y que en los demás restos antediluvianos los paleontologistas consultados han creído

reconocer porciones de omoplato, una cabeza de femur, extremidades superiores de tibia, de humerus, algunos fragmentos de costillas y un hueso del metatarso.
En la zanja practicada entre el lago Timsah y Tussum, se descubrieron igualmente fragmentos fósiles de

un pez cuya última generación crece y se multiplica todavía en el Nilo y en los canales de este río. Es un pez de carne excelente y delicada que he tenido ocasión de probar en Puerto-Said y en el buffet de Kantara.



Istmo de Suez. — Tussum y la tumba del cheik Ennedek.

TUMBA DEL CHEIK ENNEDECK.

No lejos del campamento de Tussum, está la tumba del cheik, antiguo jefe de la tribu de los Annedi, muerto en olor de santidad musulmana. Este bienaventurado, dicen los creyentes, pasó el *Sirato*, ese puente cortante como un sable, que se extiende del infierno al paraíso.

Cuenta la leyenda que el cheik Ennedeck era rico en huertas y ganados.

Después de su peregrinación á la Meca, le visitó el espíritu de Dios, y queriendo renunciar á los bienes de este mundo, congregó un día á todos los pobres de su tribu, y distribuyó entre ellos cuanto poseía.

Luego se retiró al Djebel-Mariam, consagrando su vida al estudio de los libros sagrados, al ayuno y á la oración.

Allí vivía en un gourbi, lejos de los hombres, para morir en Dios.

Su fama de santidad se esparció muy luego á lo lejos, y de todos los puntos del país de Egipto venían los peregrinos á visitarle, á pedirle amuletos y á orar con él.

En pago de sus consejos y lecciones, él no pedía otra cosa que una oración.

Cada visitante tomaba en las cercanías de Murrah, á pocos pasos de Tussum, un fragmento de esos bancos calcáreos que se extienden á flor de tierra sobre un trayecto de mas de tres leguas, y al llegar le depositaba religiosamente cerca del santo gourbi. Con estas piedras traídas por los peregrinos, edificó el cheik Ennedeck una tumba cuya cúpula corona aun en el día un monton de arena extralificada, sin ninguna consistencia.

Son muy populares las sentencias del santo y sus parábolas.

Una entre todas es muy popular, y es la de Jesus y el diablo.

Hé aquí lo que dice :

« Un día Sidna Ayssa (N. S. Jesucristo) encontró á Chitann (Satanás), que pasaba por delante de él con cuatro asnos muy cargados, y le preguntó :

» — Chitann, ¿te has hecho traficante?

» — Sí, señor, y vendo mucho.

» — ¿Cuál es tu comercio?

» — Un comercio magnífico, señor. Mirad; de los cuatro asnos que traigo aquí, y que son de los mejores de Siria, el uno está cargado de injusticias: ¿Quién las comprará? Los sultanes. El otro está cargado de envidias: ¿Quién las comprará? Los sabios. El otro está cargado de robos: ¿Quién las comprará? Los comerciantes. El cuarto trae con las perfidias y las astucias, un surtido de seducciones que contienen todos los vicios: ¿Quién las comprará? Las mujeres.

» — ¡Malvado! ¡Dios te maldiga! replicó Sidna Ayssa.

» — ¿Qué me importa si gano? contestó Chitann.

» Al otro día Sidna Ayssa, que oraba en el mismo sitio, oyó los juramentos de un burrero, cuyos cuatro asnos no podían andar por el mucho peso que llevaban y reconoció á Chitann.

» — Gracias á Dios, no has vendido nada, le dijo :

» — Señor, una hora después de haberos dejado todos mis cestos estaban vacíos; pero como siempre, tropecé con dificultades para el pago.

» El sultan mandó que me pagara á su califa, que quería engañarme en la cantidad;

» Los sabios decían que eran pobres;

» Los traficantes y yo nos llamábamos ladrones;

» Únicamente las mujeres me pagaron sin regatear.

» — Y sin embargo, veo que tus cestos están llenos aun, dijo Sidna Ayssa.

» — Están llenos de dinero que llevo á la justicia, respondió Chitann arreando á los borricos. »

La justicia de los kadí no era entonces incorruptible, como ya lo sospechaba el cheik Ennedeck. ¿La parábola del santo hombre habrá corregido á sus sucesores?

No sabría decirlo, pues en todo mi viaje por Egipto, no he tenido que recurrir á la sabiduría de un kadí.

La tradición árabe, que ha conservado las santas alegorías del bienaventurado Ennedeck, cuenta tambien que no lejos de su tumba está el sitio donde existió el templo de Baal-Tifon. Ante los muros de ese templo, dicen los árabes, hizo Moisés desfilar al pueblo de Israel cuando salió de Egipto con dirección á la tierra de Canaan.

Tambien se dice que cerca de Tussum efectuaron los hebreos el paso del mar Rojo. En suma, en Tussum estamos en un país bíblico. Entramos en esa tierra de Gessen, donde á cada paso el pueblo hebreo ha dejado sus huellas. Ya las encontraremos continuando nuestro itinerario.

R.

Los dos millonarios.

POR ZSCHOKKE, TRADUCIDO DEL ALEMÁN.

(Continuación.)

Decíale en suma que no había para qué desesperar, que su dimisión le haría perder el concepto del público, que no se precipitase, que mejorarían las circunstancias. Siguió leyendo hasta el fin, y no halló nada de lo que

esperaba. El consejero se lamentaba con mucha finura de que Casimiro hubiese tomado tal determinación, le acusaba recibo de los expedientes, y quedaba su seguro servidor.

— ¡Con que este es el premio de seis años de servicio de balde! exclamó Casimiro, haciendo pedazos la esquila del consejero. Tomó luego la de Carolina y leyó, lo siguiente escrito de su linda mano :

« Espera en Dios, mi querido Casimiro: hoy cumples veinte y ocho años, y yo tengo ya veinte y uno. Pero esto no ha de menoscabar en un ápice nuestro valor, nuestro cariño y fidelidad. »

Pero la palabra *ya*, que Carolina anteponía al guarismo 21, le impresionó hondamente, llenando la medida de su dolor, y arrancándole lágrimas y sollozos. Sentóse, apretó el ramillete en sus labios y contra su pecho, y se hundió en el sofá, aniquilado por el mundo y por la suerte. Ya no podía permanecer por mas tiempo en la corte, forzosamente había de ganar el sustento en otra parte, pero sajábale el corazón el abandonar al ángel de su niñez; y en su imaginación, despedíase tiernamente de Carolina.

En medio de estas reflexiones llegó la tarde; y estaba el infeliz sentado todavía en el mismo sitio después de anochecido, cuando oyó llamar á la puerta, la que se abrió de par en par, y entraron cuatro mozos de cordel con dos grandes cofres, preguntado dónde habían de colocarlos. Preguntados luego quién era su dueño, contestaron que eran de un caballero que acababa de llegar por la posta. Al punto vino á la memoria á Casimiro su amigo Duncan.

Apenas había Casimiro colocado los cofres en un rincón, entró un viajero en el cuarto, en quien reconoció á Duncan. Abrazáronse entrambos con ahinco.

— Mucho os he buscado, dijo Duncan; permitidme pues que me aloje en vuestra casa; bien tendréis un par de cuartos para un amigo.

Ciertamente que no cabía para Casimiro una aparición mas consoladora que la de su amigo. El gozo que le causó le hizo enmudecer; pero cuando los mozos se hubieron ido, abrazó otra vez al inglés y le dijo :

— No tengo mas que este cuarto; pero le partiré muy gustoso con vos. Sed bien venido á la casa de vuestro amigo.

— ¡No teneis mas que este cuarto! preguntó el inglés: pero ¿por qué estais tan estrecho?

— No soy rico, Duncan.

— ¡No sois rico! pero yo os tenía por tal, y mas habiéndome adelantado los cien doblones que os pedí.

— El corazón de un amigo es siempre rico para un amigo. Os di la cuarta parte de mi haber; y si mas me hubiérais pedido, no os lo hubiera negado, puesto que lo necesitábais.

Estábase Duncan mirando atónito y callado; pero luego le echó los brazos al cuello, mandó entrar á sus dos criados y les hizo ir á la posada cercana, y que allí esperasen sur órdenes.

— Lo que es yo, dijo á Casimiro, me quedo contigo; acepto de mil amores un rincón en tu cuarto: á haberlo sabido antes, no viniera quizás directamente á tu habitación.

Luego que hubieron arreglado las camas y los muebles, mandó Casimiro traer una rica cena, y por postres el ponche imprescindible.

Estaba Duncan á la sazón mas risueño que cuando le conoció Casimiro, á quien refirió los acontecimientos que le habían movido á viajar. Había tenido en su patria una novia á quien había jurado fidelidad inalterable, por mas que los padres de su amante, llevados de un odio de familia, le hubiesen negado la mano de su hija. Desesperado con esta oposición, se valió de un joven, muy amigo suyo, y de una de las primeras familias de Inglaterra, para recabar de los padres que le diesen su hija y desvanecer el odio que le profesaban. Pero aquel hombre alevoso, prendado de la novia de Duncan, se desentendió del encargo y trabajó para sí, y aunque la muchacha lo desechó, los padres le prometieron la mano de su hija. La desventurada murió la víspera del proyectado enlace, y, según voz muy válida, del veneno que en su desesperación había tomado. Duncan, que estaba frenético, buscó al amigo desleal: entrambos pasaron á Calés, y allí se batieron; pero como Duncan no anhelaba mas que la venganza y su propia muerte, estuvo á pique de perecer; pues una estocada que le dió su contrario al través del cuerpo lo puso á dos dedos del sepulcro. El malvado autor de su desgracia pasó á América. Al cabo de tres meses quedó Duncan restablecido de su herida mortal, mas no de su melancolía. Los facultativos le recetaron mudanza de aires y distracción, y el infeliz se puso en camino con ánimo de correr mundo.

Casimiro contó á Duncan su propia historia, la que estuvo oyendo el inglés con mucha atención.

— A tí te han engañado egoístas adocenados, dijo Duncan, almas ruines y de fango; pero á mí me engañó mi único amigo, un hombre á quien quería desde la niñez. Tu querida vive todavía; la mía murió, la he perdido para siempre. En tí cabe remedio, mas para mí no lo hay. Puedes, si te da la gana, retirarte del mundo; y si tal fuese seriamente tu intención, yo te acompañara; pero lo repito, lo tuyo tiene remedio, lo mio no.

— ¡Lo mio tiene remedio! exclamó Casimiro suspirando y juntado las manos. ¡Oh Dios! no conoces tú á las gentes de acá, bondadoso Duncan.

— Las gentes de por acá son como las gentes de todas

partes, mi buen amigo. Yo te doy mi palabra de remediarlo todo, si me dejas obrar libremente. Me alegro de poderles jugar una buena pasada; el ruin droguero te dará su hermosísima hija con su millon de añadidura. Los ministros te darán destinos y honores cuantos acertares á apetecer. Todo esto puede hacerse sin echar mano de encantamientos. Pero para alcanzar una linda muchacha no basta ser buen mozo y valiente; para alcanzar un millon, no hay que ser menesteroso; y para lograr empleos y dignidades, no basta tener talento, instrucción y eficacia.

— ¿Cómo piensas manejarlo?

— Es lo mas sencillo del mundo. Venga acá esa mano. Prométeme no contradecirme en nada, si por todo abril asalto la ciudad entera. Mis medios son decorosos.

— Pero ¿qué intentas hacer?

— Ante todo he de conocer á esta gente para ver por dónde les aprieta el zapato y examinar el campo de batalla donde he de lidiar por tí. Pero desde luego me has de hacer el favor de aceptar mi hermoso coche y mi criado alemán; mañana te compraré un par de caballos; todos los días saldrás á paseo en coche, pero sin acompañarte yo, para que no crean que el coche es mio; pues yo no quiero llamar la atención; y en tí solo se han de clavar los ojos de las gentes. A tu linda y preciosa vecina le dirás que has heredado una hacienda considerable en Inglaterra; con que, manos á la obra.

Casimiro frunció las cejas; pero tuvo que aprobar el proyecto de su amigo, porque así lo había prometido; fuera de esto, poco le importaba el concepto que merecía á los vecinos del pueblo, porque de todos modos había resuelto abandonar la capital cuanto antes. Contribuyó tambien el ponche á hacerle aprobar todo cuanto Duncan le propuso para llevar adelante el plan proyectado.

IX.

Madrugó Duncan al día siguiente, y dando un abrazo á Casimiro, dijo :

— Voy á tomar mis medidas para que salgas hoy mismo á pasear en coche; ¡ay, Casimiro, que tú puedes ser feliz todavía, y yo no! exclamó tristemente al paso que le asomaban algunas lágrimas á los ojos.

— Pero tú, hombre honrado, tú eres mi amigo; y esto es para mí un consuelo. Confío ser feliz con tu felicidad.

Casimiro trató de poner algunos reparos á su proyecto extravagante; pero Duncan se atuvo á lo pactado. En este punto asomó Carolina á la ventana de enfrente; y al verla, cogió Casimiro á su amigo por la mano, le enseñó la hija del millonario, y lo abrazó en su presencia. Tras esto se vió colgar de la ventana de Carolina un pañuelo de color de rosa, que en su lenguaje telegráfico, equivalía á estas palabras: « *Mucho me alegro.* »

— ¡En verdad! exclamó Duncan, cuando vió á la agraciada muchacha, que no hay para qué dormirse.

Y salió al punto y no se dejó ver en toda la mañana. Pero en su lugar entró luego su criado alemán Félix para ponerse á la obediencia de su nuevo señor y enterarle de sus habilidades.

— No olvides lo mas esencial: honradez y lealtad, dijo Casimiro.

— La honradez pronto la echará Vd. de ver en mí, respondió Félix; la lealtad, Vd. mismo me la infundirá.

Gustóle á Casimiro la respuesta; y Félix entró á servirle bajo las mismas condiciones á que lo había tomado Duncan.

A eso de medio día anunció el criado la visita del conde G...

— ¡Ante todo doy á Vd. el parabien por sus dos hermosísimos caballos, amigo mio! exclamó el conde. A fe mia que ha hecho Vd. una compra sin igual. Su mayordomo de Vd. es muy ladino é inteligente como el que mas en caballos. Pero permítame Vd. que le diga que con los caballos me han arrancado el alma; y si no me hallara yo por el pronto algo atrasado, en vano me ofreciera el elector todas sus haciendas para hacérmelos soltar.

— ¡Pues qué! ¿no le han pagado á Vd. acaso?.. tartamudeó Casimiro todo cortado.

— Sí, sí, todo está corriente, interrumpióle el conde. De esto no hay que hablar: pero vengo con otro objeto; le he de hablar á Vd. de la hacienda del baron de V..., de la quinta de Buenavista, lo mas abominable que se puede ver. Sobre mi palabra, no renta aquella hacienda medic por ciento; figúrese Vd. que es un desierto, y están pidiendo por ella ciento cincuenta mil florines. ¿La ha visto Vd.?

— No, señor conde.

— Juro á Vd. por todo lo mas sagrado del cielo y la tierra que debería Vd. ver aquel desierto para huir de él horrorizado. Si acaso tiene Vd. el intento de desaparecer un balazo en la cabeza, compre Vd. la quinta de Buenavista, y á fe que se fastidiará Vd. de vivir. No dudo que habiendo Vd. heredado tantas riquezas, tendrá Vd. gusto para adquirir una hacienda mucho mejor. Doy á Vd. el parabien, y deseo de complacerle he venido á ver á Vd. para disuadirle de aquella compra, y brindarle con mi hacienda... digna de un príncipe, que tiene cuanto cabe imaginar para labrar un paraíso, campo, monte, bosque, pradera, etc., etc. Mire Vd., todo se lo daré á Vd. por ciento noventa mil

florines en metálico; y considere Vd. que mi hacienda solo dista tres cuartos de hora de la corte: solo en mejoras me cuesta un caudal; con que, amigo mio, vendrá Vd. á ver mi hacienda, ¿no es verdad?

Por este estilo siguió el conde un buen rato; por donde entendió luego Casimiro que Duncan habia dado principio á la comedia. Prometióle pues que si tenia tiempo, iria por la tarde á visitar su hacienda; y el conde se despidió con todas las muestras de rendimiento y con mil protestas de eterna amistad.

Cuando entramos amigos se sentaron para comer, estaba Duncan muy alegre, mas no así Casimiro.

— Todavía me harás mas despreciables á los hombres, dijo este último á Duncan. El conde G..., que acaba de colmarme de muestras de amistad, ni siquiera me juzgaba digno ayer de una mirada.

— ¡Con que los hombres se te van haciendo mas despreciables! contestó Duncan; confiesa no obstante que de esto no tengo yo la culpa, sino los mismos hombres que son tan ruines. Pero esto no importa nada, si voy ganando tu afecto. A la primera pregunta que hice en la posada sobre los caballos, me encaminó el posadero al conde de G..., y en verdad que valen lo que me costaron. Cuando el posadero supo que eran para tí, y que eras tan rico, no halló palabras bastante expresivas para ponderar tu mérito y tus prendas. Luego que hubé manifestado deseos de comprar una hacienda por tu cuenta, llamaron á un corredor, quien dijo que tenia diez para vender. El conde G... dijo que eres un mozo sin par, y sostuvo que merecias ser primer ministro de Estado. No puedes figurarte cuánto me gusta esta burla, porque me distrae. Así pues, trato de seguir con ella adelante, ya que de suyo se presenta tan bien.

Por la tarde salió Casimiro á lucir su coche, que era magnífico y de buen gusto, tirado por los dos soberbios alazanes que fueron del conde G..., con el lacayo Félix vestido con una vistosa librea.

Toda la calle estaba en movimiento esperando á ver quién subiria en aquel lindo coche; y cuando pareció Casimiro y le ayudó el criado con mucho respeto á subir, y el coche arrancó con ímpetu, empezaron los vecinos á hablar con asombro de aquella novedad tan inesperada, y haciendo mil conjeturas. Ya se deja entender que Carolina estaria mirando tambien desde la ventana.

— Estos seis cuartos diera yo de muy buena gana, decia el droguero á su hermosa hija (y con efecto tenia seis cuartos que le habian dado por unos arenques que acababa de vender), al que me dijese quién es el dueño de aquel coche.

— Fácilmente lo puede Vd. saber, contestó Carolina; no hay mas que preguntarlo á la señora Catalina, en cuya casa está alojado Casimiro; mire Vd., ahí está, á la puerta de su casa.

— Tienes razon; y lo sabré sin que me cueste un cuarto, dijo el droguero metiéndose los seis cuartos en el bolsillo, y se fué para allá á hablar á la vecina.

— ¡Y qué! ¿no sabe Vd. la novedad? díjole la señora Catalina: ¿de quién quiere Vd. que sea este coche sino del señor Casimiro? ¿No sabe Vd. la fortuna que ha heredado? ¿Bien haya el mozo! y á fe, que no se lo envideo, pues es un ángel de bondad. Le han llegado de Inglaterra carros enteros cargados de dinero; es el hombre mas rico del electorado; ¿qué quiere Vd? ha sido dichoso. Su criado, que me lo ha contado, lo sabe por el comerciante inglés que vive con el señor Casimiro.

El droguero estuvo un buen rato mirando á la señora Catalina con unos ojazos y con tanta boca abierta que parecia un lelo. Volvióse á su tienda y se echó sobre su poltrona con aire meditabundo. En esto Carolina bajó corriendo la escalera para preguntar al padre lo que habia averiguado. El droguero estuvo un buen espacio sin contestar á las redobladas preguntas de su hija, porque le repugnaba hablar de Casimiro; pero al fin exclamó con un hondo suspiro:

— A un perillan como aquel, hijo de un bribon que me estafó toda mi fortuna, le da el cielo descansadamente tesoros sin contar; ¡y yo, que soy hombre de bien, me estoy matando dia y noche y un año tras otro, y me afano trabajosamente para ir poniendo un cuarto sobre otro! ¿Es esto justicia? ¿Cómo he merecido tanta pena?

El pobre droguero estaba por llorar de sentimiento.

— Pero ¿quién sabe si todo eso es verdad? prosiguió luego. ¡Carros cargados de dinero! ¡y de Inglaterra! ¡bah! ¡no soy tan necio para creer semejantes paparruchas, señora Catalina! exclamó, y se dió tres vueltas á la sucia peluca, y se restregó las manos con ahinco.

Por supuesto que el lindo coche y caballos de Casimiro dieron margen á mil coloquios de este jaez por toda la ciudad, en términos que llegó la noticia á oídos del elector, quien hizo al consejero B... algunas preguntas sobre Casimiro.

X.

Al dia siguiente fué á mas el asombro del vecindario. Duncan habia dicho á algunos sugetos, hablando de Casimiro, que este habia heredado una fortuna descomunal en Inglaterra. El conde G..., que siempre solia hablar con superlativos, andaba afirmando por su honor que Casimiro era un hombre opulentísimo, y tanto que era el mas rico del electorado, en fin, un millonario; que manejaba miles de miles, y que forzosamente,

así en América como en las Indias, habia de poseer provincias enteras.

Nada creen las gentes con mas facilidad que lo increíble. A nadie le viene cuesta arriba el menospreciar á un hombre sencillo, honrado y adornado de todas las virtudes; pero poco ó ningun trabajo cuesta el tener á un loco por santo. Si hubiesen dicho que Casimiro poseia cien mil florines, se hubiera hecho arduo el creerlo; pero en tratándose de millones, fuerza es quedar convencido.

— Vea Vd., papá, decia el novel presidente á su padre el consejero B...; ahora se conoce por qué el señor Casimiro hizo dimision de su empleo. Al principio presumí que se habia dado por ofendido porque quedó desatendido en las últimas promociones.

— Bien considerado, fué aquello una mala pasada, contestó el consejero; pero ¿quién habia de prever lo que ha sucedido? y aun si no fuera por tu hermana, creo que la muchacha le tenia aficion; y á fe que no es tan fácil hallar un novio millonario.

— Este casamiento vendria de perlas para toda la familia, añadió el hijo: ¿quién sabe? quizás podria enderezarse el negocio.

Ventilóse el asunto con detencion. El consejero aprovechó la primera ocasion para ponderar al elector el peregrino talento y la suma instruccion del ex-meritorio; dijo que convenia de todos modos conservar en beneficio del Estado un hombre tan sobresaliente, y con tanta mayor razon por cuanto se habia grangeado una fortuna colosal; que era una lástima que tantos millones se extrajesen del pais para fructificar en el extranjero.

— ¡Bah! dijo el elector; me coge muy de nuevo cuanto andais diciendo todos del mérito de aquel mozo; antes que tú, me habló de él desaladamente mi ministro de Hacienda.

Estas últimas palabras del elector hirieron al consejero en lo mas vivo, por cuanto el ministro de Hacienda tenia tambien una hija casadera y estaba bastante menesteroso de dinero.

— Mi secretario R... me ha asegurado, prosiguió el elector, que Morn lo habia hecho todo absolutamente como secretario en la comision que nombré para el arreglo de las tierras recién agregadas á mi territorio, y que otros habian cargado con la fama y los premios.

El consejero procuró sonreír con indiferencia, al paso que el temor y el despecho le estaban royendo el corazon, y juraba en sus adentros un odio mortal al ministro de Hacienda.

Este último invitó á Casimiro á un coloquio amistoso.

— Amigo mio, dijo el ministro, mucho me alegro de ver cumplido por fin mi anhelo mas entrañable. Se ha cometido con Vd. una grave injusticia; he sabido con inexplicable extrañeza que Vd. quedó desatendido en las últimas promociones. Luego que lo supe, fui corriendo á Su Alteza, y le manifesté sin rodeos que los importantes servicios que Vd. habia hecho al Estado le hacian acreedor á la plaza del presidente B..., de que el consejero os defraudó sonreír con darla á su hijo. Así es que, en virtud de mis representaciones, Su Alteza se ha dignado agregarle á Vd. á mi departamento; por consiguiente, me cabe la honra, señor consejero de Hacienda, de entregarle á Vd. el nombramiento de Su Alteza.

Casimiro, sin abrir el despacho y sin decir una palabra, lo puso sobre la mesa, dió las gracias al ministro por su atencion, y (reprimiendo el enojo que le dominaba) se negó con varios pretextos á admitir el nombramiento.

Apenas hubo salido el ministro de Hacienda, entró en su cuarto el consejero B...

— He querido venir en persona, amigo mio, dijo á Casimiro, echándole los brazos al cuello; se me antoja que hace un siglo que no le he visto á Vd.: no es justo que nos olvidemos uno á otro; nunca perdonaré al ministro de Hacienda el haberme ganado por mano en ofreceros lo que Vd. tiene tan merecido; pero ahora que me acuerdo: mi hija da mañana un baile á sus amigos, y me ha instado para que le convide: con que no hacer falta.

Casimiro contestó con yerta frialdad á las demostraciones de afecto del consejero, y lo despidió sin prometerle ir al baile consabido. Con esta conducta de los hombres fué á mas la misantropía de Casimiro: con efecto, despreciaba á todos ellos, y se iba aislando mas y mas por no ser testigo de tanta vileza; pues las lisonjas que ahora le prodigaban le eran mas amargas que la indiferencia anterior.

— ¡Oh! ¿Qué viles son! decia á Duncan. ¿Creen acaso que soy tan despreciable como ellos? Mi afan y rendimiento de seis años nada valian; pero al mero rumor de que soy rico, varia el aspecto de las cosas. Aun cuando ahora fuese un bribon, un mentecato, en teniéndome por millonario, soy el hombre mas respetable, mas instruido y virtuoso. Mucho me amarga la comedia, amigo Duncan.

— Y á mí me divierte, dijo Duncan; pero falta todavía el acto principal. ¡Hay que conquistar á la hermosa Carolina!

XI.

Y á fe que la conquista estaba medio conseguida, sin que entramos amigos lo presumiesen; pues el viejo, que antes nunca hablaba de Casimiro, no acertaba á hablar de otra cosa desde la mañana hasta la noche.

Ya no dudaba el avariento de los millones de Casimiro desde que habia visto su nombramiento oficial de consejero de Hacienda, y que le habian dicho que el ministro de Hacienda y el consejero B... se afanaban á porfía por casar á su hija con el venturoso jóven.

— ¡Mucho me temo que se case con la señorita B..., decia Carolina con fingida pesadumbre para atormentar á su padre.

Nada respondia á esto el viejo, pero iba contando los dedos, operacion que solia hacer cuando tenia que echar un cálculo difícil.

— Y ¿qué dote podrá tener aquella señorita, decia despues de un rato. ¡Bah! será poca cosa; pues la familia ha venido muy á menos; pero la fortuna de Casimiro es real y efectiva: con todo, su padre era un bribon que me redujo á la pobreza. Seguramente que no cobraré 30 reales de lo que me está debiendo.

En estando en esta conversacion, llaman á la puerta, y hé aqui que entra Duncan, el extranjero ya muy conocido. Carolina se puso encarnada como una cereza, y el droguero se irguió cuan alto era.

— Desearia ajustar con Vd. un negocio, si Vd. quisiera darme la mano, dijo Duncan: negocio del que puede Vd. sacar un lindo beneficio.

— En tratándose de negocios, estoy á las órdenes de usted. Tome Vd. asiento.

— El señor Casimiro Morn, cuyos negocios he dirigido hasta ahora en Inglaterra, desea arreglar todos sus asuntos y vivir descansado, supuesto que posee mas riquezas de las que puede gastar.

— ¡Vivir descansado!

— Ha visto la hacienda de Buenavista, y desea comprarla.

— ¡Buenavista! Pero ¿por qué ha puesto los ojos en Buenavista? será caro, carísimo, y además está de aquí muy lejos.

— El señor Morn está prendado al parecer de aquella hacienda, y dice que es lo que deseaba, que es un Eden muy al caso para tres personas que se quieren bien. En el número de estas tres se cuenta á sí propio, á su consorte y á un amigo verdadero, que por tal me tiene á mí.

Carolina se inmutó, y para ocultar su turbacion, tuvo que encaminarse á la ventana.

— Pero tiene Vd. razon, señor Romano; el baron V... pide mucho dinero por la hacienda, pues el precio que le ha puesto es de 150,000 florines; pero si se le paga al contado, se contenta con 130,000. Bien se allana mi principal á pagar al contado...

— ¡Hola, al contado!

— Sí, señor; pero con todo, el precio es subido, y por esto deseaba el señor Morn que alguien muy entendido en este jaez de tratos hiciese el ajuste por su cuenta, y al efecto promete al que medie en él el diez por ciento sobre el valor total en venta. Además dice el señor Morn que nadie en el pueblo puede desempeñar como Vd. este negociado.

— Servidor de Vd.; no soy amigo de cumplimientos.

— Si Vd. quisiese tomar este negocio á su cargo...

— Estoy á las órdenes de usted.

— Pero con todo, dice el señor Morn que de algunos años á esta parte no viven Vds. en los mejores términos.

— ¡Ah! eso no es nada; déjeme Vd. hacer, que yo me encargo.

Con efecto, el señor Romano tomó el negocio con empeño, y andaba diciendo:

— Por corta que sea la ganancia, son tan lastimosos los tiempos que hemos alcanzado, que un honrado mercader no ha de desperdiciar nada.

Al cabo de ocho dias ya estaba ajustada la compra, ganando Romano por su corretaje la friolera de 10,000 florines. Gozoso pues en extremo, fué á ver á Casimiro para darle parte del éxito de sus diligencias.

— Ahora pues, dijo, ya es hora de que volvamos á ser tan amigos como antes, y se echó á reír medio corrido.

— Yo no deseo otra cosa, contestó Casimiro: cumpla usted mis anhelos; hágame Vd. feliz, y á su hija al mismo tiempo.

— De esto no hay que fratar, señor Casimiro; ¿no le he dicho ya á Vd. repetidas veces que su padre de usted me dejó completamente arruinado, en términos de tener que pordiosear?

— Pero no es Vd. tan pobre como supone.

— Sí, señor, no lo dude Vd.; ahora es Vd. riquísimo... si ese pecho abrigase un residuo de generosidad ó de compasion, ante todo debiera Vd. tratar de resarcirme los quebrantos que el padre me causó.

— Y ¿qué haria Vd. entonces?

— Le daria las gracias.

— ¿Y Carolina?

— Sí; ¿y los intereses devengados en estos siete años?

— ¿Y si yo se los pago á usted?

— Andaré diciendo por todo el pueblo que Vd. es el mozo mas honrado que he conocido.

— ¿Y Carolina?

— ¡Ah! ahora que me acuerdo: no hay que olvidar que entregué á su padre de Vd. los 8,000 pesos en oro. Pero ¿qué oro! ¡todo brillante, como que era recién acuñado y de buen peso: si Vd. lo hubiese visto! Dios me perdone; maldecir no puedo, pero se me va el corazon tras aquel dinero cuando me acuerdo.

— ¿Y si yo le diera á Vd. 1,500 carolinas (1) por una

(1) Moneda de oro, corriente en Alemania, que vale en el Palatinado unos 98 reales.

sola y única Carolina?
 — ¿Por qué Carolina?
 — Su hija de usted.
 — Permitame Vd. que le diga que con los intereses asciende la deuda á 2,000 carolinas.
 — ¿Y si le diese á Vd. esas 2,000 carolinas por su Carolina de usted?
 — Usted se chancea, señor Casimiro: estoy agobiado de deudas; la quiebra de su padre de Vd. me ha atrasado en extremo; yo no puedo dar á mi hija nada de dote sino la ropa que lleva puesta.
 — ¿Y si yo me contentara con eso?
 — En este caso... tendré que preguntárselo á la pobre muchacha.

Dichas estas palabras, salió Duncan, dejando á Casimiro loco de contento; y con efecto, estaba tan alborozado que saltaba de alegría y lloraba á un mismo tiempo, echándose por fin á los brazos de Duncan, que lloraba con él de puro gozo.

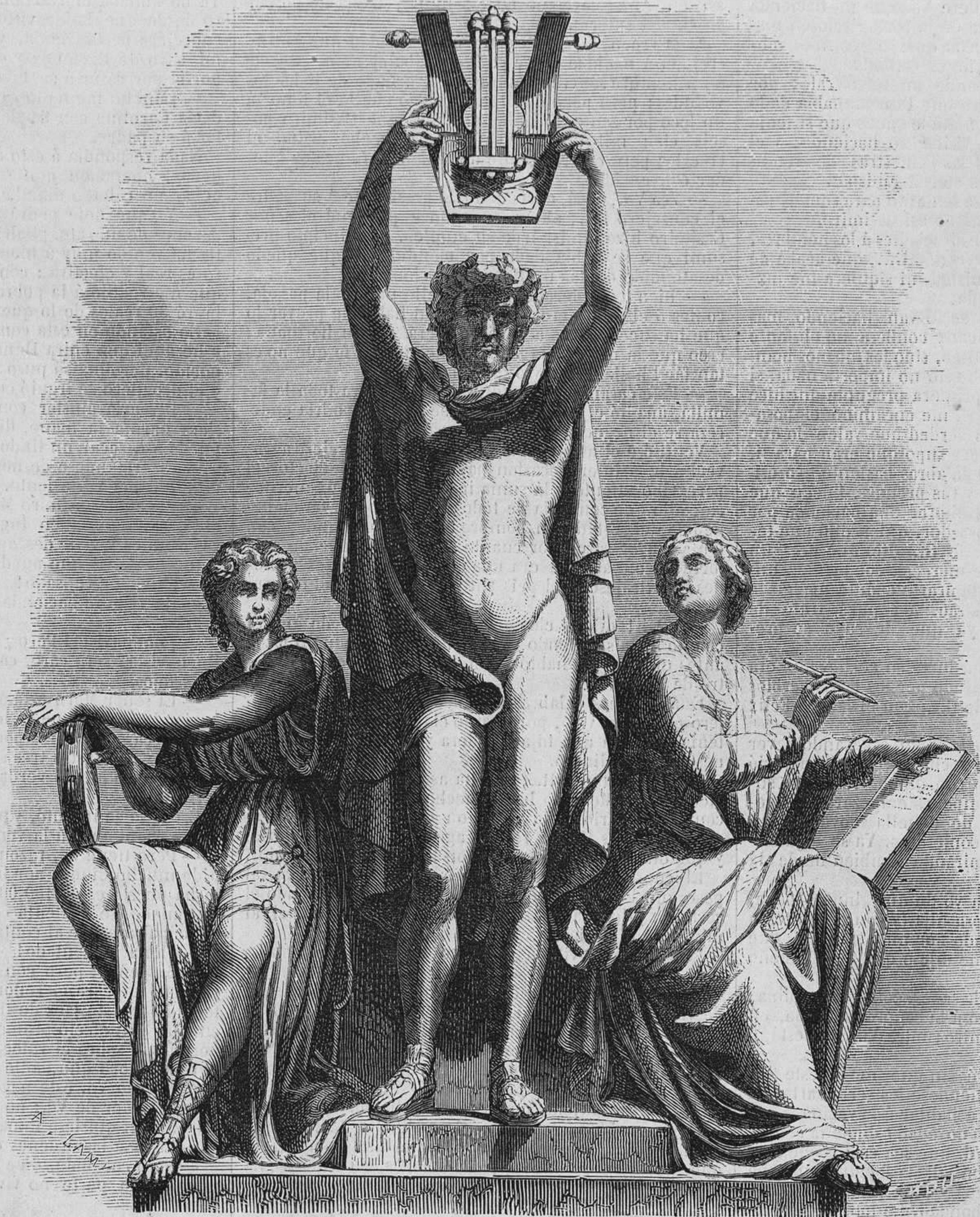
Compróse la hacienda de Buenavista, y no habían pasado aun ocho días que ya la linda Carolina era la novia, mas linda todavía, de Casimiro. Ya se deja entender que Duncan habría alquilado con tiempo para los recién casados una casa cómoda en uno de los barrios mas ucidos de la ciudad.

XII.

— ¡Hay que completar la burla! dijo Duncan; la ciudad toda se postra á tus plantas, querido Casimiro; hasta la corte te está festejando y desea tu amistad. Volvamos ya la hoja. Voy á darte por pobre, ayúdame. Ya verás qué cara nos ponen las gentes; será cosa de ver: y luego cuando estemos hartos de estos miserables, iremos á vivir solos en Buenavista. Confieso que á tu suegro le tengo una gana... quiero castigarle, porque es un judío, y á fe que lo tiene bien merecido.

Con efecto, toda la ciudad andaba revuelta y desatinada por obsequiar al señor Mora; todas las bocas lo ensalzaban.

(Se continuará.)



PARIS — Esculturas del nuevo teatro de la Opera. — *Apolo*, por M. Millet.

El nuevo teatro de la Opera de Paris.

El 15 de noviembre se han puesto á descubierto todas las obras de arte que adornan la fachada del nuevo teatro de la Academia Imperial de Música; Seguramente, el monumento de M. Garnier ha ganado mucho presentándose concluido en su conjunto; mas sin embargo, no ha sido tanto que haya podido disiparse la

eleva á sesenta y siete metros del suelo, la altura de las torres de Nuestra Señora? Se dice que el proyecto de M. Garnier habria podido ejecutarse en mármol blanco sin ocasionar mayores gastos: es muy de sentir que no se haya hecho, tanto en beneficio del arte como del artista.

El *Apolo* de M. Millet tiene siete metros de altura y corona el edificio: para juzgar este grupo colosal, es indispensable verle en su puesto. Todo lo que hoy

mala impresion producida por la exhibicion parcial. El proyecto de yeso expuesto en 1860 daba otra idea de la obra del brillante arquitecto; se dijo entonces que M. Garnier se habia reservado la honra de elevar un monumento en medio de las construcciones heterogéneas del Paris de M. Haussmann; la arquitectura iba por fin á dar su nota en el concierto del arte moderno, y hacia época en la historia creando un edificio, cuya expresion fuese propia de nuestros tiempos.

Hay quien afirma, no diriamos que de buena fe, que se alcanzó aquel objeto; pero que esto no da ninguna gloria á la época en que vivimos.

La Opera es una grandiosa muestra de esa deplorable arquitectura polieroma que despues de haber producido la fuente de San Miguel ha contribuido tanto al ornato de los teatros de construccion reciente. La polieromia está muy en su lugar en los edificios privados; embellece la habitacion y espere la alegría en los reducidos espacios donde no podrian hallar lugar bellezas mas severas; pero aplicada á los monumentos públicos les quita todo carácter de grandeza sustituyendo lo bonito á lo bello; la multiplicidad de los matices distrae la mirada y la impide que se fije en el conjunto; el edificio sobrecargado de detalles excita la curiosidad, y por esto mismo destruye la impresion imponente que deberian producir sus vastas proporciones. Al ver esa aglomeracion de columnillas multicolores, de estatuas y de bustos, realzadas con ornatos de cobre ¿quién podria creer que la fachada de la Opera se



El Drama, por M. Falgujere.



El Canto, por MM. Dubois y Valrinelle.



El Idilio, por M. Aizelin.



La Declamacion, por M. Chapu.

podemos decir es que el autor del *vercingetorix* es un artista de un gran talento y que mejor que ningun otro era capaz de llevar á buen término esta difícil obra.

Reproducimos tambien cuatro estatuas de un gran mérito, que son: el *Drama*, de M. Falguière, el *Canto*, una bonita Santa Cecilia, de MM. Dubois y Valrinelle, la *Declamacion*, de M. Chapu, y el *Idilio*, de M. Aizelin, nueva edicion de la preciosa bañista del mismo estatuario.

A. L.

El baron de Werther.

El baron Carlos de Werther que acaba de suceder al conde de Goltz en calidad de embajador de Prusia y de la Confederacion de la Alemania del Norte en Paris, nació el 30 de enero de 1809 en Königsberg. Su padre, que era uno de los diplomáticos mas eminentes de Alemania, representó á la Prusia cerca de la Restauracion y del gobierno de Julio como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario. Hasta 1864 este grado era el mas alto de la gerarquía diplomática de la Prusia, y el conde de Goltz fué quien obtuvo el primero la calidad de *embajador* de Prusia en Paris. El padre del embajador actual estuvo en Paris de 1824 á 1837, de modo que el baron Carlos hizo una parte de su educacion en Paris, y en 1832 el padre pudo disfrutar la satisfaccion de ver que su hijo comerciaba bajo sus órdenes la carrera diplomática. El baron de Werther fué sucesivamente secretario de legacion en Munich, la Haya, Londres y por fin en Paris (1840). Durante algun tiempo se ejerció en las funciones de encargado de negocios y así pudo encontrarse en rela-



El baron de Werther, nuevo embajador de Prusia en Paris.

ciones con Thiers, Guizot y la mayor parte de los hombres de Estado que desempeñaron un papel en aquella época tan fecunda en incidentes políticos.

Apreciando el gobierno prusiano las altas cualidades del joven diplomático, le confió en 1842 el puesto de ministro plenipotenciario en Suiza. En 1844 fué nombrado ministro en Atenas; en 1849 en Copenhague, en 1854 en San Petersburgo, y finalmente en 1859 en Viena.

El baron de Werther ha ocupado este puesto difícil durante once años y hasta los adversarios de la política prusiana hacen justicia á la moderacion de su carácter y á la equidad de su juicio.

Nadie podia evitar la guerra entre las dos grandes potencias alemanas: los tratados de 1815 y la mala demarcacion de la Prusia la preparacion; pero si esta guerra fué de corta duracion se debe en gran parte á los miembros de la diplomacia que en aquel tiempo representaban la política del Austria y de la Prusia.

Ya en 1864 los vastos conocimientos del baron de Werther y el crédito de que gozaba en las diferentes córtes de Europa, le designaron naturalmente para la elaboracion del tratado de paz dano-aleman, del que fué firmante. En 1866 M. de Bismark que acompañaba al rey en el campamento, le confió la gestion del ministerio de Negocios Extranjeros. Estas diferentes circunstancias le permitieron tomar una gran parte en la redaccion del tratado de Praga, que firmó como plenipotenciario de la Prusia.

Mientras duró la larga enfermedad que ha llevado al sepulcro al conde de Goltz, la Prusia estuvo representada en Paris por el conde de Solms que, en calidad de encargado de negocios ha desempeñado este cargo con el mejor tacto y una dignidad

ACTUALIDADES, POR BERTALL.



El regreso de Alemania.

— Viaje caro y poco divertido; pero en cambio se vuelve con los bolsillos limpios como la mano.



La cuestion de los aguinaldos.

— En presencia de la manifestacion mas ó menos pacífica que se anuncia para el 1º de enero de 1870, M. Tres Estrellas declara que en ese dia nadie le encontrará en su casa.



La huelga de los criados.

— Estas son nuestras condiciones: 1,000 francos al mes; café, licores, y todas las noches desde las ocho, teatro.

por todos reconocida. El baron de Werther ha tomado posesion de su nuevo destino en circunstancias que le permitirán hacer valer las altas cualidades que le distinguen. Con efecto, si la crisis provocada por los cambios sobrevenidos en Alemania ha podido conjurarse gracias á la moderacion de la diplomacia europea, aun quedan bastantes elementos irritantes para que puedan ejercitarse la habilidad y rectitud de los hombres politicos llamados á representar á las grandes potencias.

R. DE M.

La mujer de los siete maridos,

NOVELA ORIGINAL

POR JULIO NOMBELA.

«No quisiera morir sin dejar colocada á mi hija. Al fin y al cabo, con un marido, no le faltaria nada.»

(Frase de todas las madres.)

I.

UN ÁNGEL Y UN LOCO.

— Yo no sé lo que pasa, pero siempre es lo mismo. Cuando empiezan los incendios, es el cuento de nunca acabar.

— Cualquiera diria que habia al año una temporada de fuegos, como la hay de fresas ó de horchata de chufas.

— Sobre todo, desde que las compañías de crédito...

— Calla, mala lengua.

— Y cómo aprietan las campanas de San Martin.

— Apuesto cualquier cosa á que los chicos están en sus glorias mientras se quema la casa. ¡Pensar que lo que á unos entristece alegra á otros!

— Sé menos filósofo y anda mas de prisa.

— Tienes razon, se me va la fuerza por la boca.

— Ya estamos cerca, ¿no ves el humo?

— Sí, por cierto: nos va á dar algo que hacer el tal incendio.

— ¡Cuánta gente se ha reunido!...

— Como que es un espectáculo gratis... ¡Eh! ¡tú, aguador!... mírale como corre. Ese es el amor que tienen al prójimo: va á esconderse para que no le obliguen á llevar agua...

— ¡Paso... paso!

Mis dos hombres, que iban armados de piquetas, eran albañiles que formaban parte del cuerpo de bomberos, á juzgar por las iniciales que habia en su gorra.

Abriéndose paso por entre la multitud, subieron precipitadamente la escalera de la casa que se quemaba.

El aspecto que presentaba la calle era á la vez terrible y grotesco.

¡Contrastes de la vida!

Todos los vecinos de las casas inmediatas voceaban, gesticulaban y aconsejaban desde sus balcones.

Los de la casa que ardia arrojaban por los balcones, muebles, objetos de valor, legajos, colchones, corrian de un lado á otro, llamaban á los suyos, recordaban lo que habian olvidado, tropezaban y caian; y aquella dolorosa confusion, aquel espanto, aquel miedo que se pintaba en los rostros de las víctimas, hacian reír á los curiosos y les inspiraban frases que eran saludadas con sonoras carcajadas.

¡Como si todos no tuviéramos el tejado de vidrio!

¡Como si no fuéramos todos hermanos!

Pero no es de este cuadro joco-sério del que deseo hablar á mis lectores.

Fácilmente se comprende cómo estarian los habitantes de aquella casa; y de buen grado los iria presentando en todos los cuartos para que conocieran á las familias que tan interesantes aparecen á sus ojos.

Esta operacion seria, sin embargo, demasiado larga, y deseo ser breve.

Vamos, mientras los operarios de la villa y las bombas procuran atajar los estragos del voraz elemento, á penetrar solo en dos cuartos; en los dos sotabancos.

En el uno, el mejor, el que daba á la calle, vivian dos mujeres: madre é hija.

Doña Soledad, que este era el nombre de la primera, podria tener unos cincuenta y ocho años.

Era viuda, y no tenia mas familia en el mundo que su hija.

Isabel estaba en esa edad en que la mujer puede reunir todas las bellezas, la de la juventud, la del talento y la de esa experiencia, á la vez maliciosa y cándida, que es uno de los mayores encantos de la hermosa mitad del género humano.

Alta, esbelta, modelada con inspiracion, elegante por naturaleza, completaba sus atractivos un rostro en el que las facciones, sin ser perfectas, formaban un conjunto distinguido, simpático.

En aquellos ojos negros, en aquella frente blanca y ligeramente matizada por las azules venas, en aquella boca severa siempre, pero que al sonreír proyectaba un

rayo de luz sobre la fisonomía de la jóven, se adivinaba un alma nada vulgar.

Madre é hija vivian con la mayor modestia. Una larga enfermedad de la primera habia agotado al parecer sus recursos, y no tenian mas medios que la exigua viudedad de un capitán de infanteria.

En los momentos en que estalló el incendio, doña Soledad estaba muy enferma, y su hija, que habia pasado la noche velando á su cabecera, se habia quedado dormida.

La pobre se despertó sobresaltada al oír las voces angustiosas de:

— ¡Fuego, fuego!

Su primer pensamiento fué para su madre. ¿Cómo sacarla de allí en el estado en que se hallaba?

La enferma se habia apercebido de lo que ocurría y llamaba á su hija pidiendo que la salvase.

Isabel corria desde la alcoba donde estaba su madre á la ventana, y al abrirla, se llenaba de humo la habitacion, porque el incendio habia empezado en el cuarto contiguo al suyo.

Lo mas probable era que las llamas entrasen en su cuarto, que incendiasen la escalera, y si esto sucedía, su muerte y la de su madre eran seguras.

Atropelladamente, como se hace en semejantes casos, vistió á la pobre enferma, la arropó bien, formó un lío con los objetos que queria salvar, y cogiendo á doña Soledad poco menos que en brazos, se dispuso á partir.

Al abrir la puerta, una nube de humo las hizo retroceder.

Al humo siguió una terrible llama.

— Somos perdidas, gritó doña Soledad.

— No, madre mia... ánimo, contestó Isabel, gritando acto continuo, ¡favor, favor!

— ¡Las llamas van á abrasarnos vivas!

Huyamos de las llamas, conserve Vd. las fuerzas, y los que trabajan detrás de esa pared nos salvarán...

El peligro, sobre la enfermedad que padecía la pobre señora, agravó su estado.

— Ya no hay remedio para nosotras, balbuceó doña Soledad, presa de un espantoso delirio.

— No, madre mia, no... subirán á salvarnos... ¿No oye Vd. los golpes que dan en la pared?... vienen en nuestro auxilio... Animo, madre mia...

— ¡Yo me muero!...

— Por Dios.

— Si tú te salvas, añadió la infeliz en medio de la convulsion, aun podrás ser dichosa... Eres rica, hija mia, corre... busca en la cómoda la cartera de tu padre... en ella hay un papel... un recibo de depósito... con él podrás sacar del Banco...

La anciana no pudo continuar.

El fuego avanzaba, el calor la asfixiaba.

Al mismo tiempo redoblaban los golpes en la pared.

— ¡Valor, Isabel... dijo una voz... voy á salvar á ustedes!

— ¡Ese hombre aquí! exclamó la jóven... ¿cómo tiene valor?...

— ¡Hija mia!... hija mia, sálvame... gritaba doña Soledad... no puedo moverme.

En aquel instante resonó en toda la calle una dolorosa exclamacion.

Acababa de desplomarse una gran parte del alero de la casa.

Los que trabajaban para penetrar en la habitacion de doña Soledad por medio de un boquete que á toda prisa abrian en la pared, vieron al fin coronados sus esfuerzos.

El primero que penetró en el cuarto fué un jóven como de veinte y nueve á treinta años.

Corriendo hácia el grupo que formaban madre é hija...

— Valor, Isabel, dijo de nuevo; por el boquete que hemos abierto en la pared, pueden Vds. salvarse... no hay que pensarlo... ánimo, de lo contrario todos pereceremos bajo las ruinas de la casa.

Isabel apenas le veía, porque tenia fijos todas sus cinco sentidos en su madre, que al caer al suelo al parecer desmayada, habia clavado en ella una mirada penetrante y siniestra.

Haciendo la jóven un supremo esfuerzo, cogió la mano de su madre y la halló helada; tocó sus sienes y encontró en ellas el mismo frío glacial; acercó su oído al corazón de la infeliz, y abrazándose á ella:

— ¡Ha muerto, ha muerto! dijo, y el exceso del dolor le privó del conocimiento.

Los que habian llegado á salvarla la cogieron en brazos y la libraron del peligro.

El cadáver de doña Soledad fué trasportado en una camilla á la casa de socorro del distrito.

Algunas horas despues lograron los operarios extinguir el incendio.

Todo habia cambiado para los inquilinos de la casa quemada.

Nosotros solo seguiremos á Isabel y á Mariano, que así se llamaba su vecino, el que con tanto empeño habia querido salvarla, el que con su voz habia indignado á la jóven, y por último, que (acá para entre nosotros) habia tenido la culpa de aquella espantosa catástrofe.

II.

HISTORIA ANTIGUA.

Antes de pasar adelante, suponiendo que el lector

desea saber quién era el jóven que aspiraba á salvar á Isabel, voy á contar la causa de sus relaciones, causa que en cierto modo, como despues veremos, estaba enlazada con el incendio que tantos estragos habia producido.

El padre de Isabel habia llegado á capitán en la guerra civil, y al morir, cuando mas brillante porvenir esperaba, no pudo hacer otra cosa que dejar una exigua pensión á su viuda.

Isabel tenia dos años cuando perdió á su padre.

Doña Soledad pasaba de los treinta y ocho, y fué tan grande el dolor que produjo en su alma la muerte de su esposo, que se retiró de la sociedad, y fué á vivir con su hija, que como he dicho antes constituía toda su familia, á una modesta casa de la plazuela de Aflijidos, plaza que por entonces merecia el nombre con que el ayuntamiento la habia bautizado.

Los dos balcones del cuarto que habitaba doña Soledad daban al jardín de una casa, en la que vivía un venerable eclesiástico llamado don Fabian.

Este buen señor era el tipo modelo de los ministros de la religion cristiana.

Huérfano desde muy niño porque sus padres habian sido mártires en la guerra de la Independencia, quedando en la mayor pobreza, habia debido á la caridad los auxilios para vivir, la proteccion para entrar en un convento, y su sabiduría al hablar en la cátedra del Espíritu Santo, y sus virtudes en el trato privado le habian granjeado tal aprecio y tal fama, que al estallar el célebre motin en que los conventos presenciaron escenas tan terribles, don Fabian, sin abandonar su puesto, presentándose á las enfurecidas masas con la serenidad de una conciencia tranquila, con la evangélica resignacion del que tiene su pensamiento en la divinidad, desarmó su ira, fué respetado y defendido por los mismos que en su exaltacion no perdonaban ni lo mas sagrado.

Consagrándose despues al sacerdocio, no tardó en ser la Providencia de los pobres de la parroquia de San Marcos.

Las familias ricas le confiaban las cantidades que destinaban al auxilio de los menesterosos para que él las distribuyera; no habia dolor ni pena en el barrio, en que el bueno de don Fabian no tomase parte; terciaba en las desavenencias de las familias; ponía fin á los altercados en las calles, y hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ricos y pobres, todos le querian, todos le escuchaban, todos acataban sus indicaciones y obedecian sus consejos.

Natural era que siendo vecino de doña Soledad, y hallándose esta señora viuda, en una época en que las pagas tenian mucho de mitológico, fuese para ella su amistad un fecundo manantial de consuelos.

Isabel, que era una niña encantadora, que estaba en esa edad en que hasta la dificultosa pronunciacion constituye un encanto, pasaba horas enteras en el balcon viendo á su bondadoso vecino, á unas horas arreglar las plantas, cuidando el jardín, á otras leyendo en sus libros de devocion, á otras paseando.

A fuerza de verle llegó á tomarle cariño, y un dia sin que su madre lo oyera:

— Señor cura, le dijo desde el balcon, si Vd. quisiera, bajaría al jardín.

Esta inocente proposicion dió lugar á un animado diálogo entre la niña y el eclesiástico.

Doña Soledad intervino, la niña consiguió su deseo, y esto bastó para que enterándose don Fabian de la situacion de sus vecinas, se consagrara á mejorarla.

Isabel fué desde aquel dia la compañera de don Fabian en el jardín, le ayudaba á cuidar las flores, á regar las plantas, y el eclesiástico, que adivinaba la superior inteligencia de que estaba dotada la niña, cultivaba con gran esmero aquella nueva é inesperada flor de su jardín.

Despues del ejercicio, despues de haber trabajado, se sentaban los dos en un banquito de madera que habia cerca de la puerta de la casa, y don Fabian le enseñaba la doctrina.

Gracias á estos cuidados y al cariño de doña Soledad, Isabel, que vivía en la pobreza, apenas sufría las consecuencias de las privaciones que experimentaba.

Trascurrieron muchos años: Isabel llegó á los quince, y su belleza y su inteligencia, y los elevados sentimientos de su alma hacian de ella ese tipo sublime de mujer que hemos convenido en llamar ángel.

Por entonces ocurrió un suceso que no puedo dejar pasar desapercibido.

El padre de Isabel era hijo segundo de una de las mas ricas familias de un pueblo de la provincia de Avila; al morir vivía todavía su hermano mayor, pero dos ó tres años despues, murió tambien, y pasaron los bienes de la casa al hermano tercero, el cual, bastante aficionado á atesorar dinero, se olvidó de que el militar habia dejado en el mundo una viuda y una huérfana.

Llamado don Fabian una noche para prestar los últimos auxilios á un moribundo, oyó una confesion que en medio de la emocion tristísima que el enfermo producía en su alma, despertó en ella el sentimiento de una dulcísima esperanza.

El enfermo era el tío de Isabel, que, arrepentido de su abandono, deseaba á toda costa enmendar una falta, devolviéndole todos los bienes que en cierto modo le habia usurpado.

Don Fabian, que sabia la historia de doña Soledad, se apresuró á calmar la conciencia del moribundo, manifestándole que podia ver antes de morir á las que por su olvido habian vivido en la pobreza.

No hubo bastante tiempo, pero antes de espirar, pudo el tío de Isabel nombrar á doña Soledad heredera de toda su fortuna.

Don Fabian, que conocia á fondo el corazon humano, convino con la madre de Isabel en lo perjudicial que seria para la jóven verse de pronto rica, precisamente en la edad en que su imaginacion podia extravíarla, y uno y otro acordaron ocultarle la suerte que le habia otorgado la Providencia.

En el año 1855, Don Fabian fué uno de los primeros victimas del cólera.

Su incansable celo para asistir á los enfermos, para auxiliar á los moribundos, fueron causa de que, debilitándose sus fuerzas, se apoderara de él la terrible epidemia.

Su muerte fué una pérdida irreparable para la jóven, que se habia acostumbrado á encarnar en él el recuerdo de su padre.

Aquel dolor imprimió en su alma una profunda tristeza, é influyó poderosamente en su carácter.

Las circunstancias de la nacion habian cambiado; las viudas y los huérfanos cobraban con puntualidad sus pensiones; y doña Soledad, que sabia por experiencia lo que valia el dinero, continuó ocultando á su hija lo que poseia, esperando á que llegase para ella la época mas importante de la vida de la mujer.

Variando de habitacion, fueron madre é hija á vivir en el cuarto en que las hemos encontrado al comenzar esta novela.

Tal es, á grandes pinceladas, la historia de Isabel. Vamos á ver ahora qué lazos la ligaban con Mariano.

III.

UNA MALA CABEZA.

Mariano era platero; pero, aunque no habia cumplido los treinta años, habia sido en el mundo otras muchas cosas.

A los diez años sabia dibujar cabezas expresivas, sin que nadie le hubiera enseñado.

A los quince componia romanzas, duos y sinfonías, tocaba el piano, el violin, y se habia empeñado en inventar un instrumento, que sin ser el órgano, pudiese reemplazar á las orquestas, en los salones y en los teatros.

A los diez y ocho años rió con su familia, y se ajustó en una compañía dramática, representando con gran éxito en varias provincias de España toda clase de papeles.

A los veinte y cinco entró á formar parte de la redacción de un periódico político.

A los veinte y seis tuvo un desafío, hirió gravemente á su adversario y se vió precisado á refugiarse en Francia.

En Paris, por recurso, entró de aprendiz en casa de un platero, y al medio año era el primer oficial de la platería.

— Este chico llegará á ser un Cellini, dijo un dia su maestro.

Un dia desapareció del taller, y cambiando de nombre y desfigurando su rostro llegó á Nantes, se embarcó para Santander, y no tardó en hallarse en Madrid sin recursos y sin familia, porque sus padres habian muerto durante sus viajes.

Una sola moneda le quedaba, un duro isabelino, y entrando en una de las mas acreditadas platerías de Madrid, preguntó por el maestro.

— Yo soy, dijo el dueño de la platería: ¿en qué puedo servir á usted?

— Soy yo, respondió el jóven, quien aspira á servirle. ¿Ve Vd. esta moneda?

— Sí, señor.

— Pues bien; si dentro de una hora la convierto en un objeto de arte, el que Vd. quiera, que valga diez ó veinte veces mas que lo que ahora representa, ¿me admitirá Vd. en su casa? Advierto á Vd. que es esta mi última moneda, y que me propongo deberle mi fortuna.

— Aquí tiene Vd. todo lo necesario para trabajar, dijo el artífice.

Una hora despues, la moneda se habia convertido en una verdadera maravilla de arte.

Mariano quedó en casa del platero, y contando con recursos tomó para vivir un sobabanco, precisamente el que estaba al lado del que ocupaban Isabel y su madre.

Empezaba el mes de abril... pero lo que pasó lo contaré, si Vds. lo permiten, en capítulo aparte.

IV.

LA PRIMAVERA.

Yo no sé si les pasará á Vds. lo que á mí; pero adoro la primavera.

¿Dónde hay nada mas hermoso que esa encantadora estacion, en que la naturaleza sacudiendo el triste sudario en que la envolvió el invierno, se vista sus mas esplendorosas galas, y derrama donde quiera torrentes de vida?

El perfume que las flores esparcen por el aire; la transparencia de la luz que reviste con tintas tan brillantes los objetos que hieren; las verdes hojas con que cubren los árboles sus descarnados brazos, la pureza del

ambiente que se respira, todo en la primavera es una no interrumpida felicidad en que el alma se embriaga.

Viene la primavera y vienen con ella las alegrías, las ilusiones, las esperanzas.

Parece como que la naturaleza nos invita á tomar parte en su mágico concierto, que nos comunica una parte de su exuberancia de vida. ¿Qué digo una parte? nos da tanta, que nuestro pecho no basta á contenerla, y se desborda y corre desatada para fecundar todo cuanto nos rodea.

Si pudiera hacerse una estadística de las lágrimas que derraman los hombres, la primavera figuraria en ella con una parte infinitesimal relativamente á las demás estaciones.

En la primavera es tan necesaria la expansion para el alma, como el rocío para los campos.

Si las mujeres enamoradas quisieran confiarnos sus secretos mas íntimos, casi todas ellas nos confesarían que la primavera les hizo adivinar el amor.

Si asuntos de mas importancia no estuviesen llamando nuestra atencion, este seria el momento mas oportuno de entonar un himno en justa alabanza de la primavera; mas puesto que debemos olvidarnos de la poesía para atender á la prosa de la realidad, quede consignado que por estas y otras razones adoro la primavera.

A Mariano le sucedia exactamente lo mismo que á mí: era fanático adorador de la estacion de las flores, de los bellos celajes y de las puras brisas.

Si alguna vez le atormentaba el recuerdo de lo pasado, y en el fondo de su alma sentia algun remordimiento por el mucho tiempo que habia perdido, no era seguramente durante la primavera cuando le asaltaban estas ideas melancólicas.

Entonces renacia su alma como la naturaleza, y triunfando de vanas melancolías — aunque en honor de la verdad, estas eran siempre en su mente aves de paso — se abandonaba á los mil delirios de su imaginacion de artista, cantaba y reía como si tuviese en la mano la felicidad, y cegado con flores el abismo del porvenir, y si sentia algun vacío en el corazon, era solo la vaga idea de no tener con quien compartir la mucha vida, que á veces se le convertia en un tormento tan vago y tan horrible como lo es siempre la inquietud en los séres que gozan de perfecta ventura.

Así como ciertas naturalezas necesitan de una sangría en la estacion primaveral para evitarse una congestión, Mariano necesitaba un alma en quien derramar la suya, para no morir de una especie de congestión de felicidad.

Apenas el termómetro subia algunos grados y el mundo empezaba á sacudir su pesado sueño, Mariano era otro hombre, en toda la extension de la palabra.

El dulce *laissez aller* de su alma extinguía en él los codiciosos planes que formaba para el porvenir.

Su pereza se convertia en diligencia.

Trabajaba con afán, como si alguien esperase el fruto de su trabajo, y se levantaba con la aurora para saludar al nuevo dia, con el mismo entusiasmo, con el mismo cariño que si se tratase de la mujer mas encantadora.

Verdad es que ante los ojos de Mariano solian aparecerse á un mismo tiempo la mañana y las mujeres bonitas, porque como su primera diligencia era salir á la calle, y lo es tambien en Madrid la de muchas mujeres, verdaderas divinidades de la aguja que forman una familia aparte entre las hermosas, Cupido le llevaba de la mano y á cada paso le hacia tropezar con una Venus.

Pero Mariano no descendia los noventa y tantos escalones que separaban á su sobabanco del mundo para emplearse en tan pobres empresas.

Aunque de ellas huía por instinto, cierto dia que habia encontrado en la escalera la prueba viviente de que habia hecho muy bien en conservarse para otras mas dignas de su cuidado.

Ya supondrá el lector que esta prueba viviente no era ni mas ni menos que una mujer.

Pero no una mujer como tantas otras, sino tan encantadora como la primavera misma.

Al menos así se lo pareció á Mariano, y como por mucho que se empeñen los preceptistas, la belleza no pasará nunca de ser una cuestion de apreciación, puesto que á Mariano le pareció bella la mujer con quien la casualidad le habia hecho encontrarse, debemos creerle bajo su palabra.

Mariano se detuvo en la meseta para que pasase la jóven.

La escalera era tan estrecha, que no permitia el paso á dos personas.

La jóven pasó por su lado tan cerca, tan cerca, que Mariano pudo respirar el dulcísimo aroma de su aliento, y aun hubo mas. Los flecos del manto de aquella mujer se enredaron en un boton de la levita de Mariano.

— ¡Ah, caballero! exclamó la desconocida con voz tan dulce como era suave su aliento; no ande Vd., por Dios, que se me ha enredado el fleco...

— ¿Qué he de andar, señora? Antes bendigo mi suerte, pues me liga con tan venturosas cadenas.

— Ayúdeme usted.

— Siempre he sido tan torpe...

— No hay nada mas fácil.

— Es que temo que su mano de Vd. roce la mia.

— ¿Por qué?

— Porque si hasta ahora he podido resistir al fuego con que abrasan esos ojos divinos, no me comprometo á tanto si...

— Vamos, ayúdeme usted.

— Cuando digo que soy muy torpe... ¿Cómo quiere usted que no se pierda el boton, y aun mas que el boton, esa mano tan pequeña y tan linda, entre estas que son tan poco delicadas?

— Pues es la ocasion á propósito para galanterías.

— Mire Vd., esto debe ser providencial. Sin duda quiere el cielo vernos unidos, y nos muestra con esta alegoría su voluntad poderosa.

— Nada, no sale.

— ¿Qué ha de salir, señora, qué ha de salir? Como no saldrá tampoco mi corazon: Vd. enreda las almas con tanta fuerza como los botones.

— ¡Gracias á Dios!

(Se continuará.)

La Francia pintoresca.

LAS LANDAS.

(Continuacion. — Véase el número 880.)

Se ha dicho que los habitantes de las Landas forman tres clases distintas, á saber: hacendados, hacendados colonos y quinteros, y nosotros adoptamos esta division exacta en los campos.

El hacendado es como en todas partes, comerciante para matar el tiempo, á veces industrial, consejero municipal, elector, buen esposo y buen padre; pero le distingue su modo de entender la generosidad y la hospitalidad á la manera antigua.

Al hacendado colono le falta una cosa, y es la educacion, por lo cual, ayudando la costumbre, pasa su vida con el simple quintero, adoptando su vestidura y su lenguaje. Sus inclinaciones no pasan de este círculo. Explota al quintero y de él saca las rentas que acumuladas constantemente acabarian por constituir grandes fortunas si no lo impidiera una fecundidad patriarcal.

La tercera clase comprende con el quintero, al jornalero y al proletario. No se han hecho para él las revoluciones en Francia; si se han reconocido sus derechos á la libertad y á la igualdad, él ni siquiera lo sospecha, y parece creerse aun en el *bon temps*. Su señor es el amo de la hacienda que cultiva, y este es, en efecto, un señor, en tanto que se lo permiten la civilizacion y las actuales leyes: se hace llamar *meste* (amo), recibe el dia de Año nuevo, por Pascuas y por San Martin, los tributos en productos de corral y de huerta, y si habita en sus posesiones, ejerce una grande influencia hasta en el seno de las familias.

Este vasallaje moral no se debe sino á la falta de educacion. El aldeano tiene conciencia de su inferioridad: deslumbrado por una distancia que no puede apreciar, no se atreve á levantar sus ojos hácia un mundo mejor y vive en sí mismo desconfiado como un insecto en su concha. En este estado de cosas hay algo bueno: el hacendado está comprometido moralmente á socorrer á su quintero, y en los años de miseria este puede congratularse de tener tal amo.

Sus costumbres son un reflejo de las de los diferentes pueblos que pasaron por esa tierra, galos, romanos, sarracenos é ingleses. Cristiano en el fondo, el campesino landés es pagano en la forma. Cree en los duendes y en las hadas. Es cierto que tiene confianza en Dios; pero no tanta como en esas fuentes milagrosas cuya tradicion nos ha legado el paganismo.

La mujer estéril que llora la falta de posteridad, no tiene mas que ir á Bascons, y correr tres veces el cerrojo de la puerta de Saint-Amand, y ya puede darse por mujer fecunda.

Si á la madre le falta leche, que vaya á las grutas de Saint-Remy y la tendrá, y de primera calidad; aplicando los labios al extremo de esas estalactitas, de las que cae un agua cristalina, en un instante se opera el milagro.

Pero naturalmente, antes hace falta un esposo y Saint-Amand es demasiado moral para rehusar esta satisfaccion á las doncellas; basta meter los piés en la piscina. Luego hay otros santos menos exigentes todavía. Los protectores no faltarán jamás á las muchachas, tienen pues San Sabino, San José y *lou gran sen Miqueou de Brégnés*, el gran San Miguel de las vendimias, patrono de los mozos y las mozas en la segunda feria de Lencouacq.

Los santos y las fuentes no solo hacen bodas sino que curan todas las enfermedades, cada cual la suya, y la lista es larga. Muchas de esas romerías tienen gran fama. La de Buglose reunió tanta gente hace algunos años, que los peregrinos no sabiendo dónde meterse forzaron las puertas de la iglesia y durmieron en el lugar sagrado.

En Santa Quiteria hay fuentes célebres. La principal de todas es la que se ve en la cripta romana de la iglesia del Mas de Aire, uno de los raros monumentos que nos haya legado la civilizacion del cuarto siglo. En nuestro dibujo se pinta exactamente esa arquitectura grandiosa y característica. En primer término una balaustrada de piedra de silleria rodea la especie de pozo en cuyo fondo está la fuente milagrosa, á la que se baja por algunos escalones. A la derecha hay un cenotafio de mármol blanco sobre el cual un artista de

la época ha reproducido con talento algunas escenas principales del Antiguo y el Nuevo Testamento, mármol que sin duda perteneció á una tumba situada en el fondo de la cripta y que pasa por haber contenido los restos de la virgen mártir. Bajo la bóveda se ven diseminadas otras sepulturas. El abside está cubierto con una pintura al fresco de una ejecucion sencilla, donde hay escudos de caballeros mezclados con escenas del Evangelio.

Sentimos que no esté mas cuidado un monumento de esta importancia. El polvo, la humedad y las verbas parásitas han invadido esa cuna de la religion en la Novempopulania, esas bóvedas bajo las cuales resonaba la palabra de Dios para los catecúmenos, y muy luego se cambiará en infecta cloaca ese suelo que bañó la sangre de los mártires.

El aldeano vive esencialmente de la vida de familia y practica la asociacion con



LAS LANDAS. — Fuente milagrosa de Santa Quiteria.

notable desprendimiento. El mando corresponde por lo comun al mas anciano y á su esposa, y escuchan sus consejos y obedecen sus órdenes con una obediencia pasiva. Es la familia patriarcal, con la diferencia de que el patriarca era un rey y que el *tinel* es una especie de república, donde lo mismo que en la de las abejas, cada cual trabaja para todos, bajo las órdenes del jefe.

El alimento del aldeano es muy sencillo: á los productos de sus corrales y de sus huertas añade un pan de centeno y un manjar especial que llaman *escanton* ó *cruchade*.

Compónese este manjar de harina, agua y sal; pero se prepara de modo que mas que con el pan tiene analogia con la *polenta* de los italianos y el *cuscusú* de los árabes; su sabor no es desagradable y el mas sibarita de los reyes de Francia, Luis XVIII dijo que era exquisito. ; Desgraciadamente

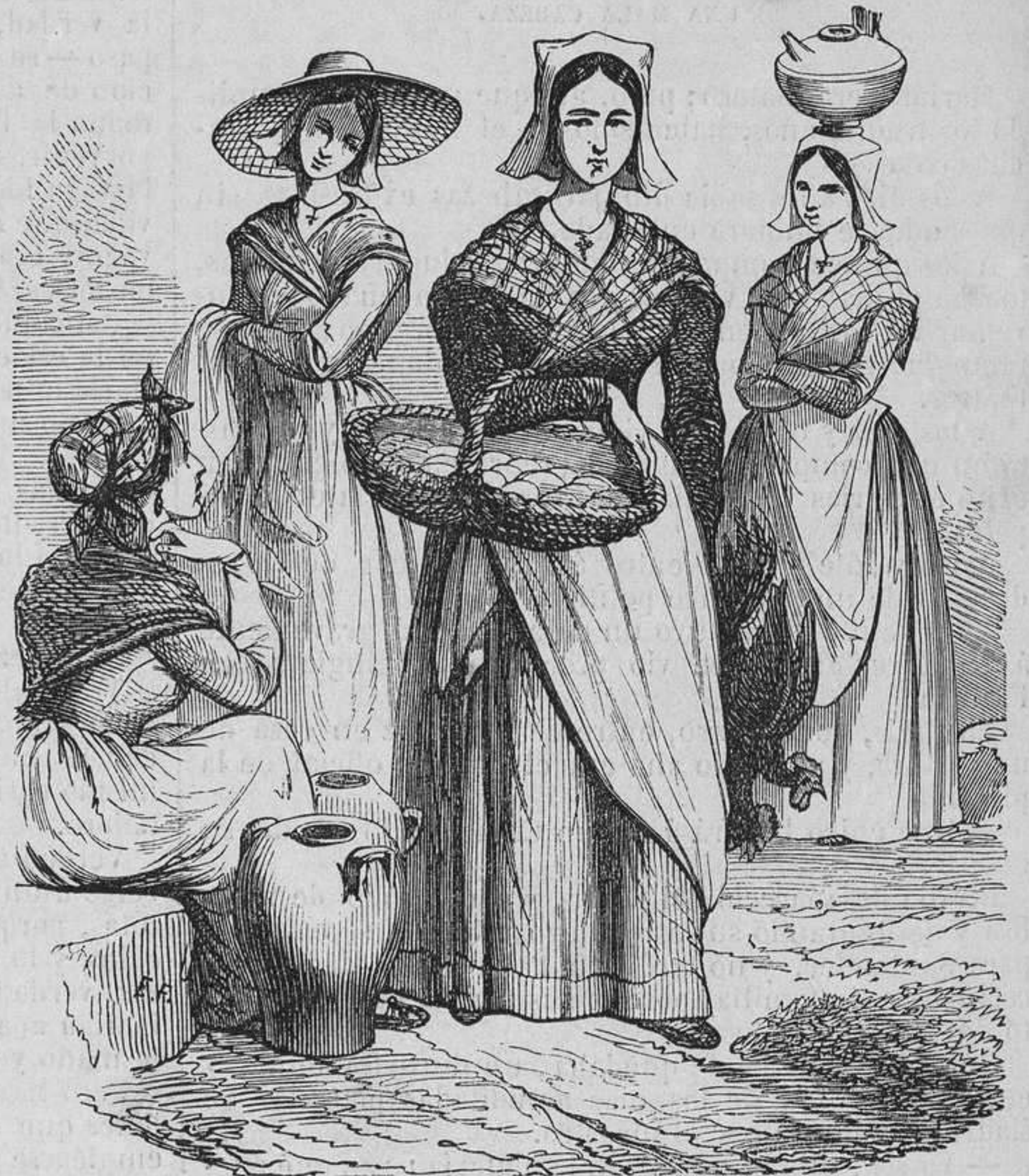


Trajes de hombres del Maransin y de la Landa grande.

el aldeano landés no tiene á su disposicion el cocinero del monarca!

El traje del aldeano landés se diferencia poco del que se lleva generalmente entre los Pirineos y el Garona, al menos por lo que hace á los hombres. Algunos ancianos conservan el calzon y la polaina, y los otros han adoptado el pantalon, el chaleco derecho y la chaqueta larga, y en vez de sombrero el gorro bearnés. Los colores predilectos son el azul y el castaño. En el invierno los pastores se ponen un capoton sin mangas, hecho con una piel de carnero y verdaderamente impermeable. En el Maransin esta vestidura se reemplaza con una dalmática y en otras partes usan capa.

Los trajes femeninos son mucho mas variados. En cada localidad aparecen diferentes. Casi todas las mujeres gastan en la cabeza la *capuleta* que, como se verá en nuestros dibujos, tiene cierto parecido con algunos tocados de Italia. En el interior se usan sombreros de paja y para resguardarse del sol los de fieltro negro á la catalana. Es el único tocado de las mujeres de la costa,



Trajes de mujeres.

que casi siempre le adornan algunas siemprevivas encarnadas.

Las casas no son lujosas ni mucho menos, pero tampoco son chozas cubiertas de paja. En suma, son menos miserables; ¡triste consuelo! que las de los aldeanos de una gran parte de Francia.

La riqueza de la familia landesa consiste en el trabajo y por consiguiente en el número de sus miembros. El aldeano landés no conoce el celibato, y por lo regular se casa muy joven. La eleccion del mozo se inclina con preferencia á la muchacha que disfruta de buena reputacion de mujer hacendosa y de una constitucion que prometa muchos hijos. La decepcion de esta esperanza es la mayor de todas sus penas.

Los jóvenes se hablan y se dan palabra, y hace la demanda el pretendiente ó sus mensajeros, á quienes con-



Las doncellas con el armario de la novia.

vidan á una comida de hombres servida por la futura. El servidimiento se da al fin de la comida, á menos que la doncella no haya manifestado intenciones desfavorables, colocando delante del pretendiente ó de sus mensajeros un plato de nueces secas, lo que significa que son vanas sus esperanzas. Principia á perderse esta costumbre, pero la expresion ha quedado y se dice *dar las nueces*, como se dice en España *dar calabazas*.

Las muchachas no se casan sin ajuar, y entre los muebles figuran en primer término una cama y un armario. Cuando falta alguna cosa, la novia va pidiendo por las casas, y este paso no se tiene por deshonroso.

(Se concluirá.)